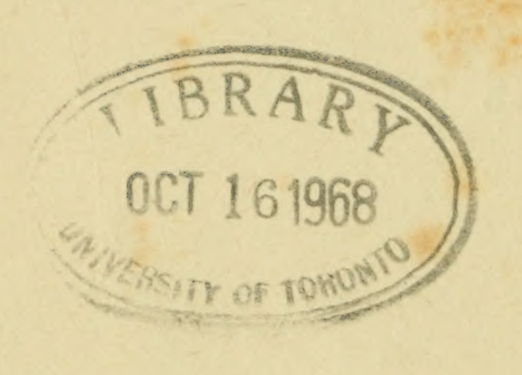
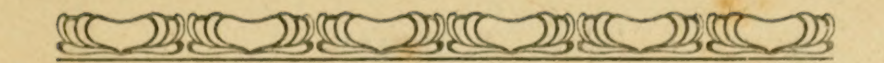

3 1761 06677976 0

HOJAS DEL CORAZÓN





HOJAS DEL CORAZÓN

Hojas ¡ay! de ilusión nueva
Que yo no sé donde irán.
Cuando en el invierno nieva
Los copos que el viento lleva
¿Quién acierta dónde van?

¿Quién acierta dónde mueren
Los pétalos desprendidos
De las flores que se quieren
Cuando las rachas los hieren
Y se pierden esparcidos?

Hojas de nueva ilusión
Que van volando al azar,
Y cada una es un girón
Que se ha rasgado al volar
De mi triste corazón.

¿Por qué voláis si es incierto
Lo que en el mundo os espera?
¡Cuántas alondras han muerto
Por volar hacia el desierto
Soñando en la primavera!...

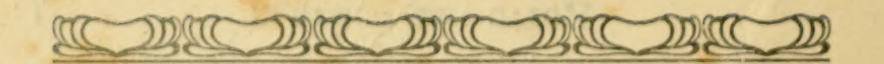
No importa, salid del pecho,
Donde el huracán os lleve,
Aunque expiréis en el lecho
De algún sepulcro deshecho
Entre sudario de nieve.

Bogando al fulgor de estrellas
Sin jamás echar las anclas,
Canto, gozos y querellas,
No sé si son hojas bellas,
Pero son hojas muy blancas.

Hojas blancas y queridas
De cariño y de dolor,
Aunque a veces ¡ay! teñidas
En su purísimo albor
Con sangre de mis heridas.

Vayan al aire flotando
Los ecos de mis congojas,
Quizá volando... volando
Consuelo vayan sembrando
Esas mis pálidas hojas.

Bogando al fulgor de estrellas
Sin jamás echar las anclas,
Canto gozos y querellas,
No sé si son hojas bellas,
Pero son hojas muy blancas.



LA ENSEÑA DE MIS AMORES

Sus pliegues, flotando al viento,
De inmaculados colores
La enseña de mis amores
Besando está el firmamento;
De Gloria el cálido aliento
Va arrullándola triunfante
Y siempre, siempre adelante
Envuelta en nimbo de soles,
Va derramando arreboles
De su fulgor desbordante.

Los héroes la idolatraron,
La quisieron los vencidos
Y los pueblos redimidos
Con lágrimas la empaparon.
Jamás los hombres la odiaron
Porque todo amor fué en ella,
Y si a veces dejó huella
De sangre en los campos yertos,
Cubrió amorosa a los muertos
Siempre magnánima y bella.

Cuando sonó el estampido
De cañones y metrallas
Y en homéricas batallas
Del sable vibró el chasquido,
Entre el fragor y el rugido
De titánicas legiones,
Hecha trizas y girones
Flotó de hermosura llena
Sobre la brava melena
De los hispanos leones.

No hubo a tu paso montaña
Capaz de arredrar tu vuelo,
Ni huracán hubo en el cielo
Capaz de impedir tu hazaña,
Ni del mar pudo la entraña
Sofrenar tu bizarría.
Pampas, Andes, mar bravía
Viste a tus pies arrullarte,
Mientras el sol al mirarte
En besos se deshacía.

Y allá donde el sol candente
De fuego vierte cascadas
Que hacen chispear las espadas
Del granadero valiente,
Allá donde su alta frente
Lanza al cielo el Chimborazo,
Fuiste, ¡oh, bandera! el retazo
De firmamento argentino
Con que glorioso el destino
Nos envolvió en su regazo.

Siempre fuiste la primera
Al vibrar la clarinada,
Siempre de eterna alborada
Fuiste nube mensajera.
Siempre llevaste ¡oh bandera!
En tus franjas, redención;
De Libertad la canción
Fué tu diana de victoria,
Jamás se menguó tu gloria
En batallas de ambición.

Los pueblos siempre te vieron
Invencible y sacrosanta,
Si se echaron a tu planta
Sólo cariños vertieron.
Tus hijos sólo supieron
Sucumbir o libertar
Jamás, jamás detentar
A los pueblos redimidos,
Ni con sangre de vencidos
Tus colores salpicar.

Astros eternos serán,
De tu historia en el comienzo,
Chacabuco, San Lorenzo,
Maipo, Salta y Tucumán;
Siglos y siglos dirán
Tu epopeya legendaria,
Y cuando una raza paria
Gima sus negros dolores,
Buscará tus dos colores
para alzarte una plegaria. 1913



NOCHES DEL CORAZÓN

Doquier oscuridad no dejó huella
Al extinguirse el día,
La noche se agolpó, no hay ni una estrella...
Marchito el corazón, el alma fría.

Nunca tan hondo me sumió el quebranto:
¿Es que sueño o deliro?...
¿Qué me pasa, Señor, que hasta me espanto
Del eco aterrador de mi suspiro?

Sólo un blanco cendal hay solitario
Sobre mi ser que vela.
¿Del muerto corazón será el sudario
Que por cubrirme en el espacio vuela?

¡Qué negras son del corazón las noches!
¡Qué largas son sus horas!...
No prenden su crespón lucientes broches,
Ni asoma un astro precursor de auroras.

Si alumbra alguna estrella fugitiva
El corazón proscrito,
No sé si de otro corazón cautiva
Se hunde otra vez buscando el infinito.

¡Oh! dejadme también que en el espacio
Mi corazón se expanda,
Que se pierda entre mares de topacio
De fresca aurora en la purpúrea randa.

Tengo ansias de volar aunque me espante
Piélago tan profundo,
Aunque me pierda como estrella errante
De un mundo sideral en otro mundo.

¿Espantarme? ¡Jamás! Eso me encanta.
Me absorbe ese misterio.
Lo que me espanta ¡oh Dios! lo que me espanta
Es ver de un corazón el cementerio.

Quiero embriagarme de fulgor celeste
Que es muy negra la vida,
Y entre soles volar sobre la veste
De un pálido querube desprendida.

Mas... ¿qué digo, Señor? ¿Estoy soñando?
Aun me arrastro en la tierra,
Aun el ciprés mortuorio está llorando...
Del corazón la noche es quien me aterra.

La noche del dolor, de la amargura,
Sin luz, sin alboradas,
Que un corazón se anega en desventuras,
Mientras otro se anega en carcajadas.

¡Oh! dejadme fantasmas pavorosas,
Noches del corazón;
Rasgad vuestras tinieblas espantosas;
Rompa un rayo de luz vuestro crespón.

Venga un lucero a salpicar de lumbre
Las lobregueces vuestras,
Que sois del alma eterna pesadumbre
Noches del corazón, noches siniestras.



AURORAS DEL CORAZÓN

Ya una estrella se ve, no sé qué extraña
Gota de luz me salpicó el semblante,
Ni qué nimbo sumerge la montaña,
Ni qué perfume los espacios baña,
Ni qué rumor se agita vacilante.

Ya una estrella se ve... y allá más lejos
De mi alma, en insondables horizontes,
Bullen no sé qué mágicos reflejos
Y siente el corazón no sé qué dejos
De arroyos, de praderas y de montes.

Rumores de alborozo, himno que estalla
Del corazón en la viviente lira,
Canción de triunfo en pos de la batalla,
Fuego que rompe del dolor la malla
Como un incendio de abrasante pira.

ALFONSO DURÁN

Hojas del Corazón

(2a. Edición)

y

Páginas del Alma

(3a. Edición)



BUENOS AIRES
A. MOLINARI - TALCAHUANO 1256
1914

¡Flores, más flores, que la Aurora viene!
Es lumbre del Empíreo desprendida,
Tiene alas puras de cristal y tiene
Cánticos mil que el céfiro detiene
En nuestro pecho con hervor de vida.

¡Ráfagas de esplendor! Que quiero verlas
Mi horizonte inundar de grana y oro.
Ilusiones que caen sin comprenderlas,
Caigan en mi alma cual collar de perlas
Que se desgranan en cristal sonoro.

¡Oh, sí, la noche huyó, doquier el día!...
Alumbra mi alma sideral rompiente,
Y es tanto el esplendor del alma mía,
Que me siento más grande todavía
Que el astro mismo que besó mi frente.

¡Vida... más vida, que vivir es gloria!
Virtud, Patria, Progreso, esto es sublime;
Batallar y morir, eso es victoria:
Lo demás .. polvo, fango, vil escoria,
Yugo traidor que el corazón oprime.

Esas nubes rojizas que en la altura,
Arden como sangrientas llamaradas,
Son trozos de la Gloria, que purpura
La sangre que vertieron con bravura
Héroes mil en cruentísimas jornadas.

Y aquellas manchas sobre el puro cielo
Que el sol con tintes mágicos retoca,
Son lauros de querubes que en su vuelo
Hacen flotar guirnaldas sobre el suelo
Y el aire las columpia y las desfloca.

Vida, ilusión... estrellas de la altura
Fuera el cobarde que se baña en lodo,
Que esa inmensa explosión de luz tan pura
Es polvoreda de astros que fulgura
Bañando mundos... corazones... todo.

De cara al Sol y en la valiente cumbre,
Sobre el cráter clavar nuestra bandera,
Sin más techumbre que la azul techumbre,
Sin otro lampo que la eterna lumbre,
Sin otra esfera que la eterna esfera.

Santa Fe, junio 22 de 1912.



DESDE MI ALCOBA

Un rayo melancólico de luna
Filtró por mi ventana
Su pálido vislumbre, y fué a posarse
En las dormidas cuerdas de mi arpa.

Oscura está la alcoba, muy oscura;
En calma, muy en calma;
Y mi ser, sumergido en un espacio
Sin sol, ni estrellas, ni fulgor, ni nada.

Y rompe el rayo mi tranquila bruma
Y temblando me halaga.
¡Qué halagos... ¡ay!... no rompen sus caricias
Las tinieblas del alma!

Besó mi frente, palpitó en mi rostro;
Mi frente quedó helada:
Rayo de luz, que llegas tiritando,
¿Qué tienes, qué te pasa?

Oh, ya lo sé: el espacio está muy frío,
El prado con escarcha;
No hay calor, ni en el aire ni en la tierra,
Hasta del viento heláronse las alas.

Sólo suspiros sollozantes lleva;
Me lo dicen las lágrimas
Que vierten los cristales en mi alcoba
Por no quedar afuera congeladas.

¿Vienes buscando, dime, el dulce ambiente
De mi alcoba templada?...
¿Vienes, di, por mostrarme el cuadro triste
Que fuera de mi alcoba se dilata?

Allá un árbol sin hojas, destrozado;
Colgando están sus ramas;
Ni un viejo nido entre sus gajos queda.
Qué noche tan atroz, qué noche amarga!

Otro árbol más allá: fué un tallo joven
En cuyo hervor de savia
Mariposas sinnúmero teñían
El verde nacarado de sus galas.

¡Ah! yace en tierra, muerto, descuajado;
No, ya no hay esperanza
De verlo sacudir desde su copa
Aves, trinos, capullos y fragancias;

Que ha muerto el ruiseñor bajo la nieve,
Que el zorzal ya no canta,
Ni las brisas, sonriendo retozonas,
En el ceibal se hamacan.

¡Oh, qué noche tan cruda, tan terrible,
La noche de las almas,
La que, a la luz del astro que nos mira,
Nos muestra los cadáveres que pasan!

En vano un mar de luz todo lo envuelve
En olas argentadas;
No es resplandor de sol, es luz que llega
En rompientes muy pálidas.

Lloran los troncos secos carcomidos,
Lloran las tiernas plantas
Y la gramilla que al pisarse cruje
Y las hojas que el céfiro arrebata.

Lloran las ilusiones que en la noche
Alumbraron nuestra alma:
Enjambre de luciérnagas dormidas
Que ya no viene a despertar el alba.

Y lloran las cadencias que en el viento
Suspirando resbalan:
¡Oh, qué noche glacial envuelve al mundo.
Noche de luto y lágrimas!...

Esas sombras que cruzan lastimeras
¿Son hombres, son fantasmas?...
¿Por qué llevan el rostro tan enjuto
Y las órbitas ¡ay!... desencajadas?

¿Y la frente marchita antes de tiempo,
Y torva la mirada,
Y un pesar que entorpece sus facciones,
Y un dolor que devora sus entrañas?

¡Ah, no!... Vete de aquí, rayo de luna.
Cerraré mi ventana,
Que a tu helado fulgor sólo contemplo
Un mundo de desgracias.

Mas... ¡ay!... sonó una cuerda, arpa querida,
¿Qué tienes, lloras o hablas?
No despiertes, por Dios, duerme tranquila
Soñando en otro mundo de esperanzas.



HABLANDO CON UNA FLOR

Flor de hermosura hechicera
Que me rozaste, al pasar,
Con insólita manera,
Flor de verde enredadera
Di, ¿qué me quieres contar?

¿Cómo?... ¿que tienes pesares?...
¿Y de qué, precioso broche,
Si el aura te da cantares
Y celestes luminares
Te besan aún en la noche?

¿Cómo?... ¿que temes vivir?
Tú a quien todo da sonrisas,
Tú con miedo de existir,
A quien columpia la brisa
Cuando te empiezas a abrir?

Habla más claro, más fuerte,
No me quiero convencer,
No sé qué dices de muerte,
¿Cómo?... ¿que envidias la suerte
Del corazón de mujer?...

¿Que esa brisa que te mece
Más tarde te ha de tronchar?
¿Que el sol que su luz te ofrece
Y en tu amor se desvanece
Más tarde te ha de abrasar?

Flor querida, flor querida,
¡Qué inocente eres, qué pura!...
¡Ay! no conoces la vida,
Todos llevamos la herida
Manantial de la amargura.

Pobre flor, estás llorosa
Porque envidias a otros seres
De ilusión más amorosa.
¿Qué son, dime, las mujeres
Si sois una misma cosa?

Ante esas flores te inclinas,
De dolor tu seno henchido,
Pues las crees más peregrinas
Y ellas guardan más espinas
En su pecho dolorido.

No llores, no, linda flor,
No llores tu desventura
Que igual destino traidor
Cavando está con furor
A todos la sepultura.



PEPITO MARTÍNEZ IRIONDO

Descienden, descienden
En nube de nácar,
Con nardos y lirios
Tejiendo guirnaldas.
Silencio en la alcoba,
Silencio en las almas,
Descienden los ángeles
En nube de nácar.

Pepito los mira
Flotar en su cama,
Se miran, se entienden,
Se alegran, se hablan;
Los ángeles puros
En pléyade bajan,
Descienden, descienden
En nube de nácar.

Ya están todos juntos,
Los ángeles cantan,
Lo cercan, lo mecen,
Lo besan, lo llaman,
Y al fin se conocen,
Y queda inundada
La alcoba sonriente
En nube de nácar.

Resuenan murmullos
De plumas y gasas,
Fulgor aparece
De estrella eclipsada:
Después... más silencio,
Los ángeles callan,
La estrella se oculta
En nube de nácar.

Sus dulces amigos
Le prestan dos alas.
«Mamá», dice el niño
Con voz desmayada,
Y un beso diluyen
Sus labios de grana:
Lo envuelven, lo envuelven
En nube de nácar.

. . . .

. . . .

La alcoba muy sola,
Muy sola la casa...
Sollozos muy tristes...
Coronas muy blancas.
«¡Pepito, Pepito!»...
¿No está... qué le pasa?
Volaron, se fueron
En nube de nácar.

Junio 24, 1912.



VERSOS DE LUTO

Cuando van las golondrinas
Peregrinas
Volando a remotos mares,
Siento sangrar mis heridas
Con las nostalgias vertidas
En sus lánguidos cantares.

Cuando juega en la ramada
La bandada
Chirriadora de gorriones,
Renacen ¡ay!... bulliciosas
Las bandadas revoltosas
De mis muertas ilusiones.

Y cuando en horas de bruma
 Va la espuma
Flotando a merced del río,
El pensamiento me aterra
De que en la mísera tierra
Todo es bruma, llanto y frío.

Santa Fe, abril 1913.



UNA LIMOSNA

(BALADA)

«Una limosna por Dios,
Que está muriendo mi madre.
Una limosna, señor,
Que está muriéndose de hambre».

Así clama un niño
Que va por las calles
El pecho agitado,
Marchito el semblante:
La flor de su vida

Se extingue en el valle.
El hombre lo mira y calla,
No merece contestarle.

«Una limosna, señora,
Que está enfermita mi madre,
No sé si duerme o delira,
¡Ay!... cuando llegue, quién sabe!»

Y al pobre harapiento
Le tiemblan las carnes,
Que es crudo el invierno
La escárcha muy grande
Y la flor se agosta,

Se agosta en el valle.
La mujer lo mira y dice:
«Márchate de aquí, tunante».

—

«Joven, deme una limosna,
Una limosna al instante,
Mi madre muere de angustia,
Yo moriré si voy tarde».

Y caen de sus ojos
Dos lágrimas suaves
Con más amargura
Que encierran los mares.
La flor sigue lacia

Muy lacia en el valle.
«Pobre, sucio y exigente»
Dice el joven sin mirarle.

«Niña, será usted más buena,
Se está muriendo mi madre,
Por Jesús, una limosna,
Que Él dió por todos su sangre.»
Se apaga en sollozos
Su voz vacilante,
Sus ojos de cielo
Parecen nublarse
Y la flor se agosta
Se agosta en el valle.
«Necesito pará moños»
Dice la niña arrogante.

Surgió el sol, imprimió su primer beso
En la choza del sauce,
Mas ¡ay! el sauce tembloroso estaba,
Esa mañana no cantó ni un ave.

Y de una mujer pálida, preciosa,
Bañó el frío cadáver.
Un mendrugo de pan había en sus labios.
Junto a su cama agonizando un ángel.

Y como un arpa que llorara sola
Cuando suspira el aire,
Vibra una voz que pide una limosna
Entre las ramas del anciano sauce.



HABLANDO CON MI COLEGIO [1]

¡Ay, cuántas veces en la noche oscura
Me alumbras con tu mágico cariño
Como un beso de luz allá en la altura,
Como en las horas en que yo era niño!

¡Ay, cuántas veces sin vigor ni tino
Busco en la sombra las brillantes huellas
En que hasta el polvo inerte del camino
Era polvo magnífico de estrellas!

(1) Composición declamada por su autor en el acto académico celebrado en el Teatro Municipal con motivo del 50° aniversario del Colegio de la I. Concepción.

Y la ilusión se acerca, y me pregunta
En las noches heladas de relente,
Y en los espacios siento que despunta
No sé qué mundo allá sobre mi frente.

Aquel mundo en que nunca se extinguían
Del corazón las hechiceras galas
Y los cariños sólo se rompían
Para trocarse en hervidero de alas.

Cuando entre los blanquísimos plumones
De cisnes en el aire desprendidos,
En góndola repleta de ilusiones
Sin miedo navegábamos perdidos.

Cuando brisas cargadas de inocencia
Iban rizando las dormidas ondas
Y nubes de infinita transparencia
Tejían las velas con brillantes blondas.

Y nuestra alma en su góndola seguía
En pos de un mundo halagador, risueño;
Hoy pisamos la playa y... ¡qué sombría!
Era tan sólo la ilusión de un sueño.

Por eso aquí venimos. ¿Nos conoces,
Recinto tutelar de nuestra infancia?
¿Entiendes de mi espíritu las voces?
¿De nuestro amor, recuerdas la fragancia

Aun nos tienes aquí, aun en su ocaso
No se hundió el sol de nuestra incierta vida
¿Cómo morir sin contemplar tú, acaso,
Nuestro amor otra vez, mansión querida?

¡Oh.... que el mundo de ingratos está lleno!
Mas aun germinan flores perfumadas,
Como germinan en el mismo cieno
Nenúfares de flores azuladas.

¿Por qué ya no trináis, notas queridas,
Dejando en torbellino la campana
Como aves en el éter suspendidas
Al estallar sonriente la mañana?

¿Habéis muerto, naranjos seculares
Henchidos de perfumes y rumores,
Que llenabais con bálsamo de azahares
Patios, aulas, iglesia y corredores?

Moristeis, sí, murió la primavera;
Después candente apareció el estío.
¡Ay, cuántas veces mi existencia diera
Por beber otra vez vuestro rocío!

El mismo de hoy será, pues siempre baja
Del cielo, en Primavera y en Otoño;
Pero siempre es más puro el que se cuaja
Al reventar la savia en el retoño.

Por eso cuando mi alma se oscurece
En tinieblas de cruel melancolía
Pienso en ti, oh mi colegio, y me parece
Que ya se acerca la explosión del día.

Y cuando en triste lucha no consigo
De mi arpa soñolienta un solo arpegio,
Rompe en cantos de amor si yo le digo:
Despierta, arpa querida, es mi colegio.

1912



DEL OCASO A LA MAÑANA

(BALADA)

Durmiendo está sin abrigo
En un banco de la plaza.
El sol oculta sus rayos,
El cierzo gime en las ramas
Y besa el crepúsculo
Su frente plateada,
Y fúndense en su frente dos ocasos:
El ocaso del sol y el de su alma.

Y el viejo inmutable duerme
En un banco de la plaza.
El cierzo, las hojas secas
De los árboles arranca,
Le tocan la frente
Y caen a sus plantas,
Como cayeron de su frente altiva
Brillantes ilusiones agostadas.

Pobre anciano, está durmiendo
En el banco de la plaza:
Ya el sol no besa su rostor,
Ya las tinieblas avanzan,
Las aves no pían,
El cierzo rebrama,
Y por su rostro pálido de muerto
¡Cuántas hojas marchitas ¡ay! resbalan!

Temblorosas las estrellas
Hilos de lumbre derraman
Que dibujan arabescos
En el banco de la plaza;
Y al viejo que duerme
Le besan la cara
Por ver si vierte de sus tristes ojos
Otro fulgor más dulce: el de su alma.

Densa niebla tiñe el aire,
Nieve cae en abundancia,
Arrecia el rumor del viento,
Crujen las débiles ramas
Y cruzan trotando
Corceles de Arabia,
Y de un palacio llegan los bullicios
De músicas, de copas y de danzas.

. . . .

. . . .

Pasó la frígida noche,
El sol la nieve descuaja;
Sobre los gajos flexibles
Los pajarillos se hamacan,
Y en un duro banco
Se halló, de la plaza,
El cadáver helado de un anciano
Envuelto de la nieve en la mortaja.

Mayo de 1913.



ESTROFAS PATRIAS

I.

Eterno resplandor, surgente llama
Que al cielo en luz purísima colora
Y crece, y se difunde y se derrama
Y de los pueblos el espacio dora
Y en mil rompientes su conciencia inflama.

Eso es la Libertad, astro gigante
Que el piélago infinito de la Historia
Va surcando con lumbre desbordante,
Vierte en los pueblos savia fecundante
Y los sumerge en inmersión de gloria.

Eso es la Libertad, luz de la altura
En piélago sin límite esparcida;
Ángel que al sacudir su vestidura
Esparce estrellas en la noche obscura
Y alumbra al mundo con fulgor de vida.

¿Qué fuera, sin su ardor, de las naciones?...
Pampas marchitas, páramos desiertos.
¿Qué fueran, sin su luz, los corazones?
Caravanas de negros nubarrones
Flotando tristes sobre campos muertos.

Libertad, Libertad, aun en su tumba
Polonia cadavérica te invoca;
Te invoca el viento si en su estepa zumba
Y en Varsovia el cañón cuando retumba
Y el alma de sus hijos en su boca.

Libertad, Libertad, cuando el Ibero
Por traidor invasor se vió oprimido,
Se vió ultrajado por audaz guerrero,
Bebió tu luz y a su arrebato fiero
El Gran Emperador cayó vencido. (1)

(1) Napoleón Bonaparte.

No se marchitan, Libertad, tus flores;
Los siglos van fundiéndose en tu idea
Y son un mismo canto los rumores
Del grito mejicano de «Dolores»
Y los de Maratón y de Platea.

Fué el grito de la Grecia triunfadora,
Fué el grito de Jesús sobre el Calvario,
Siempre fué tu canción surgir de aurora,
Cuando vibra en los pueblos redentora
O envuelta entre su agónico sudario.

II.

También ¡oh, Libertad! la Patria mía
En su frente sintió flotar tu manto
Que en perlas de esplendor se deshacía,
También mi Patria, que en dolor gemía,
Sintió las resonancias de tu canto.

Canto que surge, se condensa, estalla,
Y en las plumas alígeras del viento
Los pendones sacude de batalla
Y prende fuego a la feroz metralla
Y abrasa con su ardor el pensamiento.

Canto que encierra en cada hirviente nota
Choque de astros allá en el infinito:
Canto que al alma con fragor azota
Y es en su ardor, cuando inflamado brota,
Iris y tempestad, lágrima y grito.

¡Canto de Libertad... himno grandioso!
Ven, que mi Patria con tu amor delira,
Ven, que te espera Mayo esplendoroso
Y un gran pueblo levántase ardoroso
Como en incendio de abrasante pira.

Ven, canción de los pueblos soberana,
Ven, y al dejo inmortal de tu armonía
Verás hervir la sangre americana
Roja y valiente como fué la hispana
En las arterias de la Patria mía.

Mi Patria febriciente ya te espera,
Y para acompañar tus vibraciones
Tiene mares que rugen sin ribera
Y huracanes de brava cordillera
Y de pampa infinita los turbiones.

III.

¡Mayo!... Llegaste al fin; flores, más flores.
Se alza mi Patria encantadora y grande.
Dadme ritmos, cadencias, resplandores,
Que entre efluvios de luz embriagadores,
El corazón de América se expande.

Se expande, grita, y con valiente saña
Vierte legiones a morir luchando,
Y al empuje soberbio de su hazaña
El bosque, la llanura y la montaña
Himnos de Libertad están cantando.

Victoria o muerte, desde el Ande al Plata
Todo, al clarín de libertad, despierta,
El huracán su vibración dilata
Y en candentes raudales se desata
Sobre la Patria de laurel cubierta.

Sólo faltaba el signo de ventura,
Sólo faltaba el sacrosanto emblema
Que entre los pliegues de su imagen pura
Guardando de mi Patria la bravura
Llevase audaz su aspiración suprema.

Y llegó... fué una tarde de Febrero,
Tarde de inmenso amor, fué en el Rosario
Cuando del sol, crepúsculo postrero,
Alumbró nuestro lábaro primero
Sin venganzas, sin sangre, sin calvario.

IV.

¡Qué tarde aquella! El Paraná gigante
Las barrancas mansísimo lamía,
Y el sol deshecho en esplendor radiante,
Nimbos mil esparciendo de diamante,
Los montes de Occidente transponía.

Las brisas rumorosas recogieron
De sus acordes el raudal sonoro,
Y en bandada dulcísima vinieron
Y murmullos y cánticos tejieron
Volando raudas en alado coro.

Y en el azul inmenso sumergida,
Donde un ángel veloz dejó su huella,
Lámpara del Empíreo suspendida
Por alientos de gloria estremecida,
Brilló temprano la primer estrella.

Todo era encantador, nada sombrío,
Nada sin vibración, nada incoloro,
Susurros de cristal prestaba el río,
El sol nubes de rosa en el vacío,
Y hasta la estrella pinceladas de oro.

Y bajaban torrentes de armonías,
Resbalando en tropel del firmamento,
Y al son de vagorosas sinfonías,
Belgrano sus bizarras baterías
Contemplaba esperando el surgimiento.

Sus ojos al zenit se levantaron,
Una nube blanquísima, hechicera,
Y un celeste girón se entrelazaron;
Al grito de Belgrano se besaron
Y fueron su hermosísima bandera.

Así el Orbe la vió, sólo el vacío
Pudo la cuna ser de sus amores,
Sólo mecerla el vendabal bravío,
Belgrano darle su pujanza y brío
Y el cielo de la Patria sus colores.

Sólo la inmensidad de un continente
Pudo ser campo a su veloz carrera,
Sólo el Ande, su eterno confidente,
Y hasta el mar levantó la hundida frente
Por mirar tu esplendor ¡dulce bandera!

Sólo el cielo sin fin fué su techumbre,
Las estrellas le dieron su chispazo,
Le dió el volcán la llama de su cumbre,
Y, siempre en pos de libertad y lumbre,
Fué a bañarse en el sol del Chimborazo.

Eso es la enseña que mi Patria adora,
Girón del firmamento desprendido.
Donde ella apareció, fué luz de aurora,
Donde ella batalló, fué redentora,
Donde ella redimió, besó al vencido.

Al flotar en las plumas del pampero
Himnos de Libertad sólo surgían:
Al flotar en la frente del guerrero
Del mismo ruido del vibrante acero,
El acorde de Mayo se expandía.

Es la bandera que nos dió Belgrano,
Donde palpita audaz nuestro destino
Y el Porvenir del mundo Americano;
La que enseña a luchar como espartano,
La que enseña a morir como argentino.

Ansia de inmensidad nunca extinguida
Siento al soñar en ti, dulce bandera,
Y es tal la llama que en mi pecho anida,
Que inundado en tu amor diera mi vida
Si envuelto con tus franjas yo muriera.

Cantadla en su esplendor, es la más bella.
Antes que exista quien con torpe grito
En satánico ardor reniegue de ella,
Muera el malvado sin dejar la huella
De su protervo corazón maldito.



¡LLORAR!...

¡Llorar, llorar! Verter ondas inquietas
Del espíritu yerto, acongojado,
Verlas surgir en las profundas grietas
De nuestro corazón despedazado.

Bullir la fuente y en sus claras ondas
Saciar la sed del corazón que muere,
Y evaporarse en sus madejas blondas
El acerbo dolor que al alma hiere.

¡Qué hermoso es el llorar, qué puro el llanto,
Qué dulce de las lágrimas el río!...
¡Qué dulce contemplar nuestro quebranto
Disuelto con las lágrimas, Dios mío!

Hiciste, oh Dios, las lágrimas amargas
Y dulces son al alma dolorida,
Sin ellas, las jornadas... ¡ay! ¡qué largas
En el páramo inmenso de la vida!

Y al hacerlas, Señor, fuiste tan bueno,
Fué tu beso de amor tan providente,
Que si hay fuentes que mueren en el cieno
Nunca del alma se extinguió la fuente.

Qué sé yo, si al dejar aprisionado
En nuestro ser Tu celestial aliento,
Fué el llanto, en nuestro espíritu inviolado,
Fresca lluvia con sol, del Firmamento.

Qué sé yo, si la brisa húmeda y triste,
Que en noche sepulcral cuenta querellas,
Con negros tules al espacio viste
Por enjugar su llanto a las estrellas.

Qué sé yo si en la inmensa caravana
Que el Simún dispersó... y al fin cayeron,
Murió primero la conciencia humana
Y sedientos de lágrimas murieron.

Dulce es el llanto que con sangre brota
De la flor que nos cuenta su martirio,
Y dulce el néctar de virgínea gota
Que se columpia en el candor del lirio.

Llora el niño al nacer porque despierta
Su alma pura en congojas sumergida;
Mas.. ¡ay! el alma que se dobla yerta
No llora más, porque llorar es vida.

Llorar es vida, el que, infeliz, no llora,
De un corazón la tumba sólo encierra,
¿Quién vió jamás aparecer la Aurora
Sin verter llanto en la enlutada tierra?

El llanto... la ilusión que muere rota:
El llanto... la esperanza en el hastío:
El llanto que se va gota tras gota
Es sangre del espíritu, Dios mío.

El arpa misteriosa del poeta
Si en nostalgia mortal duerme tranquila,
Sólo prorrumpe desbordante, inquieta,
Si en sus cuerdas el llanto alguien destila.

Que el llanto es vida, es ilusión, es gloria,
Es música de ensueños, es poesía,
La vida de la flor es ilusoria
Porque llorar no puede al medio día.

Llorad, llorad; cuando la gota pura
Abrase con su ardor vuestra pupila,
Entonces de consuelo, de dulzura,
Un mar sin fondo en vuestro rostro oscila.

Corazones, llorad; la dulce hora
En que deja la oruga su capullo,
Es cuando vierte el Alba encantadora
Cien lágrimas de luz por cada arrullo.

Llorad, llorad, que en la traidora vida
El alma al enturbiar vuestras miradas
Alumbrará vuestra ilusión perdida
Como un astro deshecho en llamaradas.

1911.



A CARLOS GUIDO Y SPANO

Tu luz llega hasta mí, besa mi frente
Y da calor a mi alma entumecida;
Desde tu lecho esparces luz y vida
De tarde triste en el ocaso riente.

Eres de resplandor virgínea fuente
Que a beber sus raudales nos convida,
Calmas del corazón la abierta herida
Y en ondas de esplendor bañas la mente.

El Olimpo te dió sus resplandores,
El Parnaso te dió lauros y flores,
Pero el Hibla su néctar soberano.

Y al palpitar América en tu llama
Un grito en los espacios se derrama:
«Gloria, gloria inmortal a *Guido Spano*».



VERSOS DE OTOÑO

Van volando, van volando
Lentas brisas otoñales,
Sus nostalgias sollozando
Y mis horas van pasando
Con tristezas funerales.

Van arrancando, al cruzar,
Las hojas del árbol yertas,
Que apenas pueden colgar,
Y mis ilusiones muertas
También las llevó el pesar.

Van llevando el hondo hastío
De las hojas que murieron,
Al sentir el primer frío
También ¡ay! del pecho mío
Las esperanzas cayeron.

Luego... invierno asolador,
Después... otra primavera,
¡Ay!... ¿Volverá el resplandor
Que traiga luz y calor
De mi vida a la pradera?



DIOS

—

En vano, en vano, la ignorancia loca
De Ti reniega, en su furor, Dios mío;
En vano el hombre, con sarcasmo impío,
Mengua tu honor en su blasfema boca.

En vano, Dios, en vano te provoca
De tu misma criatura el albedrío;
La flor, el ave, el germen, el vacío,
Todo, tu nombre palpitante invoca.

Y si mi mente se revuelve inquieta,
De siglos y de tronos entre ruinas,
Sobre el abismo de la humana historia,

La flor del genio, el Arte y el Poeta
Con explosiones siempre matutinas
Van cantando el «Hosanna» de tu Gloria.



STELLA MARIS

Con motivo de la bendición del Santuario «Stella Maris» donado a las religiosas Adoratrices en Mar del Plata.

Ya solo no estará cuando la brisa,
Narrando idilios de fragantes flores,
Traiga en sus labios plácida sonrisa
Y cante la calandria en la cornisa,
Y rompa el alba en explosión de amores.

No estará solo el gótico santuario:
Ángeles de esplendor y de dulzura
Velarán con su lámpara el sagrario,
Todo será perfume de incensario,
Todo será canciones de ternura.

Mirad: donde la mar, de blanca espuma,
En trémulas madejas se desata,
Donde el sol por doquier rompe la bruma
Que en girones tenuísimos se esfuma,
En la playa argentina, en Mar del Plata.

Del prado más hermoso en la alta loma,
Donde lleva el rumor la mar inquieta,
Donde primero el sol su nimbo asoma,
Donde canta más suave la paloma
Y estro germinador halla el poeta.

«Stella Maris», el santuario riente,
Su torre lanza a la extensión vacía;
No cruza un astro sin besar su frente,
Porque guarda la estrella más luciente,
«Stella Maris», la sin par María.

No hay ráfaga de luz que codiciosa
No filtre su fulgor por los cristales,
La flor le da su esencia misteriosa,
El alba pinceladas de oro y rosa
Y endechas no aprendidas los zorzales.

Y dentro, en vibraciones de armonía,
Donde espíritu, y luz, y todo canta,
Junto a la imagen pura de María,
Escuchando plegarias noche y día
Fuente de amor inmenso, la Hostia Santa.

Brisa, detén la perezosa nube
Que de zafir en el espacio vuela,
Túnica que perdió raudo querube,
Y envuelve a la oración primer que sube
Del santuario inmortal, «Maris Stella».

«Estrella de la Mar», estrella hermosa,
Que en las tormentas de la aciaga vida
Brilla más, si la noche es más brumosa,
Y nos deja su lumbre misteriosa
Una perla de amor en cada herida.

«Estrella de la Mar», la que arrebata
Del tierno niño la oración primera...
La que viste a la aurora de escarlata
Y del anciano el corazón dilata,
Cuando enjuga su lágrima postrera,

«Estrella de la Mar», ¡ay! yo que siento
Mi joven corazón triste y partido,
Yo que navego a la merced del viento,
Jamás te recordé en mi pensamiento,
Sin que me hayas ¡oh estrella! respondido.

Sin que al rugir del alma la tormenta,
Sin que al llegar la noche del martirio,
Sin que al morir, de eternidad sedienta
Dieras vigor a mi alma macilenta,
Me dieras a beber néctar de lirio.

«Estrella de la Mar», yo que navego
En el mar borrascoso de la vida,
Yo que busco la playa y nunca llego,
No ocultes a mi barca, no, tu fuego,
Que nunca ingrata navegó perdida.

No me eclipses tu luz, que mi alma invoca...
Si al fin naufrago, escucha mi querella...
Y aun moribundo en la desierta roca,
Tu nombre celestial vibre en mi boca,
Estrella de mi amor... Del mar Estrella.



LUCIANITO MAI LEIVA

Voló... lo llevaron
Cantando al Empíreo.
Derraman pimpollos
De rosas y lirios.
La cuna... está fría,
«No está Lucianito,
¡Qué tristes se quedan
Las cunas, Dios mío!...»

Tan sólo la estela
Dejó en el camino
De besos, caricias,
Abrazos y mimos;
Mas ¡ay! todo llora,
«No está Lucianito,
¡Qué tristes se quedan
Las cunas, Dios mío!...»

Los labios trementes,
Los rostros marchitos,
El huerto sin flores,
La casa sin niños...
Se fué la alegría,
«Se fué Lucianito,
¡Qué tristes se quedan
Las cunas, Dios mío!...»

Desierta la casa,
Callado está el nido,
La alcoba en penumbras,
Las aves sin trinos,
La luz no se irisa,
«No está Lucianito,
¡Qué tristes se quedan
Las cunas, Dios mío!...»

Los ojos nublados,
El cielo sombrío,
Y flotan enjambres
De blancos cariños,
¿Nos dejas tan solos?
«¿Te vas, Lucianito?...
¡Qué tristes se quedan
Las cunas, Dios mío!...»

. . . .

. . . .

Mas ¡ay! en la altura
Dilátase un himno
Que piérdese lejos
Allá en lo infinito...
Cantando entre arcángeles
«Se fué Lucianito,
¡Qué alegre es la entrada
Del cielo, Dios mío!»

Abril 24 de 1913.



LIRIOS Y MARIPOSAS

A la inocente niña de siete años María del Pilar Cabrera Novillo.

Niña pura y hechicera
Que vas cruzando la vida
Sobre fragante pradera
Muy mullida, muy mullida
Con flores de primavera.

¿Sabes ¡oh! niña sonriente,
Por qué eres, di, tan dichosa?
Porque aun eres inocente
Como esa agua misteriosa
Que brota de la vertiente.

Brota ufana, brota ufana
Entre espuma diamantina,
Nadie sabe si mañana
Rodará turbia y malsana
Su corriente cristalina.

¿Te conmueve, niña bella,
Esa estrofa de mi canto?
Déjala, que mi querella
Es a veces triste llanto,
A veces fulgor de estrella.

Eres ángel de inocencia,
Te acarician los amores
Más puros de la existencia:
Te da el sol su transparencia,
Te dan su aroma las flores.

Dichosa de ti, Pilar,
Si eres cual hoy siempre pura,
Si el sol no llega a abrasar
Esa cándida frescura
Con que sueles cautivar.

Feliz de ti, si escondida
Siempre en tu alma de azucena
Néctar del Cielo se anida,
Nunca olvides que la vida
de espejismos está llena.

Dichosa si siempre son
Como hoy todos tus martirios,
Espinas del corazón
Que ni enturbian la ilusión
Ni ajan del alma los lirios.

Feliz si cual hoy radiosas
Son siempre tus ilusiones,
Inocentes mariposas
Que te dejan cariñosas
Sus melifluas libaciones.

En tu cuna te mecieron
De piedad tiernos cantares,
Nunca olvides que ellos fueron
Los que en paz te adormecieron
En tus prístinos pesares.

Nunca olvides que el rumor
De los primeros cariños
Vibra siempre seductor.
Dichosos los que en su amor
Toda la vida son niños.

Tulumba, Enero de 1911.



ANTE LA VIRGEN NIÑA

Con motivo de la bendición de la imagen de la Virgen Niña, en el colegio de San José (Adoratrices).

Dejadme descansar en el camino,
Son las jornadas ¡ay! tan doloridas...
Quiero un instante de éxtasis divino,
Aun no ha roto su lira el peregrino,
Dejad que se adormezcan sus heridas.

Ya te canté mi amor, Virgen del cielo,
En versos que escribí con ambrosía,
Ya te dije cual era mi desvelo;
Me escuchaste, lo sé, porque el consuelo
Descendió sobre mí, Virgen María.

Tantas flores te he dado, tantas flores,
Que agostada se encuentra mi campiña;
Y otra vez ardo en célicos amores,
Porque miro radiante de esplendores,
La imagen de tu ser cuando eras niña.

Tu imagen cuando niña... flor temprana,
Que entre mis ruinas hechicera nace,
Flor que al rugir la tempestad insana
En ondas de perfume se deshace,
Para surgir de nuevo en la mañana.

Dadme, querubes, de marfil la lira
Con que entonáis a vuestra reina el canto,
Venid, que mi alma con su amor delira...
Pero, no, mejor himno es el quebranto
Con que mi alma de amor canta y suspira.

Virgen Niña, te adoro: ¿no lo sabes?
No viste mi cariño balbuciente
En plegarias romper tiernas y suaves,
Más ingenuas que el canto de las aves,
Más sentidas que el ruido de la fuente?

Virgen Niña, te amó, ¿cuánto?... lo ignoro;
El espacio de mi alma es sin medida,
El cielo de mi vida está incoloro,
Sólo tu amor, como celaje de oro,
Sin perderse jamás, surca en mi vida.

Por ti mi corazón no se envejece,
Ni el amor a mi Dios se disminuye,
Mi fe en las horas de infortunio crece,
El pesar de la vida se adormece
Y el celeste raudal de nuevo fluye.

Rosa gentil de eterna primavera
Eres en medio del invierno frío;
Lejos de tu beldad todo es quimera,
Que aun en la luz tremente de la esfera
Se oculta el rayo de traidor estío.

Yo no sé si soy loco o visionario
Cuando en tu amor, oh Virgen Niña, pienso;
Mas sé que en mi desierto hay un santuario,
Que en él mi corazón es incensario
Y mi amor arde en él como el incienso.

El corazón que sufre comprimido
Cuando en las horas de tormenta calla,
En tu amor al mirarse sumergido
Vuela no sé si en ángel convertido,
Pero en himnos angélicos estalla.

¿Qué más?... ¿qué te diré, si el sentimiento
Es en mi ser inextinguible llama?
¿Te diré que estoy mustio, estoy sediento,
Que en tu gloria al hundir mi pensamiento
En mares de cariño se derrama?...

Mas... calle el corazón despedazado
Con ansias de volar, calle mi boca;
No venga el viento de la vida helado
A empañar ese amor, el más sagrado
Que en salmodias de luz mi pecho invoca.

Santa Fe, Septiembre de 1911.



NIDO DESHECHO

I.

Todo duerme y reposa; tibia lumbre
Càe sobre el valle en esplendor sumido,
Ni un ave canta en la lejana cumbre,
Hasta la brisa adormeció su ruido.

Todo duerme y reposa; el arroyuelo
Va tumbando en silencio sus madejas;
Todo calló en la tierra y en el cielo...
Ni rumores... ni cánticos... ni quejas.

Todo es misterio en las calladas lomas;
Sólo en un viejo tronco carcomido
Arrullan sus amores dos palomas
Que en el árbol reseco hicieron nido.

¿Reseco? No, que aun reventó sonriente
Un tallo del ceibal con flores rojas;
Besa el nido al retoño floreciente
Y al nido besan las tremantes hojas.

¡Ah, qué dulce mirar cuando la aurora
Baña el mundo con líquidos diamantes,
Mecerse en ilusión encantadora
Las dos palomas del ceibal amantes!

¡Oh, qué dulce escuchar la melodía
Con que a la tarde, en cándidos excesos,
Del sol muriente cantan la agonía
Con enjambre de arrullos y de besos!

Y cuando sobre el valle adormecido
Vierte la luna rayo soñoliento
¡Oh, qué rumor se siente dentro el nido!...
¡Qué temblores de dicha lleva el viento!...

II.

Dos años hace ya, y en la quebrada
Me detengo otra vez, todo ha cambiado;
La verde rama del ceibal quemada,
El nido de palomas destrozado.

¿Se fueron? ¿quién lo sabe? ¿quién acierta
De la vida a romper el negro arcano?
Al yerto corazón ¿quién lo despierta
Cuando el turbión lo desgarró inhumano?

¿Lo habrá quizá deshecho el torbellino
Que en noche aciaga de espantosas brumas
Cubrió de yertos gajos el camino
Rompiendo nidos, esparciendo plumas?

Nadie, nadie responde; mas risueño
Un rayo de verdad baña la herida.
Ilusiones de amor, todo es ensueño;
Esperar, esperar, eso es la vida.

Tulumba, Diciembre 1912.



EN LA LLEGADA DE CAVESTANY

Llegas al fin, cual llega una alborada
En bella exaltación de luz y amores;
Antes que tú, llegaron los rumores
De tu alma altiva, hermosa, enamorada.

Llega por fin tu voz siempre bañada
En aroma balsámico de flores
Que viven con su esencia y sus primores
En tu estrofa gentil y perfumada.

Te abre mi Patria con amor sus brazos,
Y hoy Santa Fe, de júbilo radiante,
En tu memoria sus cariños deja.

Nunca olvides de amor sus dulces lazos,
Que nunca olvidará mi Patria amante
Al bardo de «El clavel» y de «La reja».



EL ABISMO

(BALADA)

Para Albertito Viñas Balujera

Pálida luna brillaba
En puro cielo estrellado
Y el rapaz enamorado
Su belleza contemplaba.
Se alzó luego, y ya empezaba
A tornar a la alquería,
Verdad fuese o fantasía,
Al mirar la última vez
Vió de una nube a través
Que la luna lo seguía.

En su amoroso fulgor,
Soñando ver su fortuna,
Siempre mirando a la luna,
Siempre crédulo en su amor,
Ni oyó siquiera a un pastor
Que consejos le decía:

Y así el camino perdía,
Pues sin mirar hacia el suelo
Centemplaba allá en el cielo
Que la luna lo seguía.

En vano duros abrojos
Sus tiernos pies traspasaban,
Ni las espinas punzaban,
Ni se inmutaban sus ojos;
Palpitaban sus despojos
Del suelo en la escarcha fría;
¡Ay! nada el niño sentía,
Que en su cándida terneza
Se extasiaba en la belleza
Del astro que lo seguía.

Así rasgado el vestido,
Así su sangre vertiendo,
El pobre niño sonriendo,
Iba en su ilusión perdido.
Su mirar siempre sumido
En la luz que le embebía;
Yo no sé qué pasaría,
Lo cierto es que vaciló,
Y cuando el sol desató
Su cabellera brillante
El cadáver de un infante
En un abismo alumbró.

1910



AL VIOLINISTA MARIO MATEO

Hay en tus fibras explosión de auroras;
Hay en tu arco explosión de melodías;
Son rumores de etéreas sinfonías
Los ecos de tus cuerdas vibradoras.

Llora el alma que te oye, si tu lloras,
Ríe si ríes tu en tus armonías,
Que hay nostalgias y excelsas alegrías
En tus cascadas límpidas, sonoras.

Todo calla si vibra tu instrumento,
Todo en silencio augusto desfallece
En éxtasis el alma sumergida.

Mas ¡ay! que en pos de su divino acento
En nueva llama el pecho se enardece
Con el ansia inmortal de eterna vida.

Tulumba, Diciembre de 1910.



DOS TUMBAS

«Trabaja, que Dios lo quiere,
Trabaja, pobre, trabaja;
El sudor jamás te asuste
Ni te acobarde la fragua».

Cantando está un hombre
De faz retostada
Y el yunque resuena
Y el fuego restalla;

Es el himno que brota del trabajo,
El martillo es el plectro, el yunque el arpa.

«Goza, que el gozar es vida,
Corra el champagne como el agua,
Trescientos millones tienes,
Rey del Acero te llaman».

Así dice un yanqui
De tez sonrosada;
Y ve cual abejas
Bullir en su fábrica
Los miles de obreros
Que en su obra se afanan;

Ellos fabrican el panal precioso.
¿Quién gustará su dulcedumbre grata?

«Llega, llega hasta mis labios,
Sudor que mi rostro bañas,
Eres dulce, eres más dulce
Que de los reyes las lágrimas»;

Y suena el concierto
De voces que cantan,
Volantes que zumban,
Motores que braman.

Es la orquesta vibrante del trabajo,
El canto del Progreso y la Esperanza.

Ha muerto el Rey del Acero:
En un palacio descansa
Hecho de mármol precioso
Del cementerio a la entrada.

Más... ¡ay! los que cruzan
Lo miran y pasan,
No brota un suspiro,
No câe una lágrima,

Ni hay una flor que preste su sahumerio.
¡¡Es tan árido el mármol de Carrara!!

Murió cantando un obrero
Junto al humo de la Fragua,
Duerme en sepulcro de tierra
A la sombra de una zarza.

Y caen en su tumba
Cariños del alma
Y lloran los hombres
Y gimen las auras,

Y en las grietas asoman muchas flores,
Donde duermen las brisas sus nostalgias.



LA DICHA

—

Imitación de Longfellow.

Sonó el clarín a su oído,
El clarín de dulces ecos,
El que vibrante convida
De La Dicha a los festejos,
Y parte al punto a buscarla,
Pues dicen que está muy lejos.

Marcha el joven sudoroso,
Pensativo, macilento,
Llena de auroras la mente,
De ambición jadêante el pecho;
Camina siempre adelante,
Pues dicen que está muy lejos.

Y ciudades atraviesa
Y atraviesa campos yertos
Y olvida rumor de flores
Y olvida rumor de besos
Y aun no ha dado con La Dicha
Siempre lejos, siempre lejos.

Una mañana muy fría
Despertó en un cementerio,
Y entre festones de nubes
Un alcázar vió soberbio...
El alcázar de la Dicha
Ya no está, como antes, lejos.

Llamó con sonrisa plácida
Y resonaron los ecos,
Y una reina de hermosura
Recibió al joven viajero...
Pobre joven, pobre joven,
La Dicha ya no está lejos.

Al postrarse ante La Dicha
Por aquella emoción trémulo,
Ella lo alzó entre sus brazos
Y al oprimirlo en su pecho,
Dando un gemido doliente
Sin vida cayó el mancebo.



UN TIPO DE MODA

Decid ¿sabéis quien soy?... pues yo tampoco·
Mi cabeza jamás está serena,
Y al ver mi gravedad y mi melena
Unos me dicen sabio y otros... loco.

Mi cabeza es robusta... como un coco,
Charlar en un salón, eso me llena;
Y en el têatro, toser, mirar la escena
Y si hay gente letrada, hablar muy poco.

Mirar sobre mis lentes con finura,
Manejar el bastón con elegancia,
Nombrar a Homero, Dante, algún profeta.

Esto en la juventud, es hermosura.
¿Porqué nó? Lo diré con arrogancia:
Soy... periodista... intelectual... poeta.

Y os diré en estrambote pareado,
Que soy en mi provincia... Diputado.



LOS PESARES DE LA VIDA

No sé qué sombras pasaban
Ni qué fantasmas venían
Ni qué gritos se escuchaban
Que mis ojos se turbaban
Y en llanto se deshacían.

Qué noche atroz, qué pesares,
Qué nubes tan pavorosas
Y qué protervos cantares,
El cielo sin luminares
Y las nubes horrorosas.

Quiero gritar... imposible:
Un nudo siento en mi pecho.
Quiero correr y terrible
No sé qué mano invisible
Me tiene prendido al lecho

Agitado está mi pulso
Y mi rostro demacrado
Y mi corazón convulso;
Ignoro qué horrendo impulso
De mi ser se ha apoderado.

Allí está un abismo abierto...
Ya resbalo a sus orillas,
Mas... ¡ay! de pronto despierto...
¡¡Qué resplandor en mi huerto!!
Eran sólo pesadillas.

FIN DE «HOJAS DEL CORAZÓN»

PÁGINAS DEL ALMA

A MI MADRE

(Dedicatoria de la 1a. edición)



¡¡ADELANTE, JUVENTUD!! (1)

Gallarda Juventud, alza la frente;
Y allá sobre la cumbre gigantea,
Mira el Ángel de luz resplandeciente
Que con lauros y palmas te convida
A escalar con el fuego sacrosanto
De tu eternal idea
La escabrosa montaña de la vida.

Un reguero de flores
Dejas en pos de ti ¡dulce existencia!
Adiós perfumes, cánticos y amores
Que arrullaron tu cándida inocencia.

Sola está la pendiente, muda y fría:
Zarzas y abrojos cubren el camino;
Mas... ¿Qué importa si en tu alma delirante

(1) Declamada por el autor, en la distribución de premios del Colegio-Seminario de la Inmaculada Concepción. (Santa-Fe) año 1905.

Repercute la célica armonía
De una voz que resuena allá en la altura
Y te grita *Adelante?*
Adelante, adelante, no te arredres,
Oh Juventud, avanza por la senda
Hasta escalar la cumbre luminosa:
Que la sangre caliente que derrames
Sangre de mártir es, sangre gloriosa.

Quizá el soplo de ráfagas heladas
En las piedras nevadas
Estremezcan tus miembros ateridos;
Mas...¿Qué importa que el témpano y la nieve
Aprisionen tus pies como en el Ande,
Cuando el viajero entre zozobras gime
Si en su alma, que tan sólo Dios conmueve,
Recuerdos, esperanzas, todo es grande,
Cielo, Patria, Virtud, todo es sublime?

¡Cuántas veces febril, sin rumbo y tino
Soñarás con las horas de tu infancia
Que sólo te dejaron;
Flores que ya perdieron su fragancia,
Dulces brisas de amor que ya volaron!...
Y al despertar sin fuerza, sin aliento
De tu angustiado y triste paroxismo,
Sólo verás encima el firmamento,
Y ál bajar la mirada

Sólo verás debajo el hondo abismo.
Arriba, Juventud, que el genio humano
Tan pronto no vacila:
De nuevo en pie sobre la dura roca
Clavarás en el cielo tu pupila
Con ansias de gigante,
Cuando escuches que el Ángel de la gloria
Alza de nuevo el grito de *¡¡Adelante!!*

Yo sé que el rayo con su luz sangrienta
Oprimirá tu pecho dolorido,
Y para amedrentar tu incierto paso
Con siniestro estallido
Reventará furiosa la tormenta.
Yo sé que allá en el fondo de tu alma,
En silencio y a solas,
Lucharán la razón y el pensamiento
Como en el fiero mar luchan las olas
Cuando sacude su melena el viento.
Pero jamás los fúnebres crespones
Que el espacio enlutaron,
Pudieron durar más que los turbiones
En cuyas negras plumas
Su manto de tinieblas dilataron.
Los enjambres de estrellas,
Que entre mares sin fin de clara lumbre,
Van rodando en el piélago vacío,
Para alentar tu marcha hacia la cumbre
Flotarán en tus sienes

Las orlas de su espléndido atavío;
Y mientras extasiado ya contemples
Cerca de ti el Empíreo rutilante,
De nuevo escucharás la voz divina
Que te dice *¡¡Adelante!!*
¡Oh Juventud, avanza!...ya a tu oído
Llega un mágico ruido:
Murmullo de laureles, ruido de alas;
Ya el Arcángel de luz resplandeciente
Quiere adornar tu frente
Del cielo con las galas.
Un paso más: y allá en la excelsa altura
Verás surgir la luz de un sol eterno
Entre celajes de la eterna gloria,
Y ceñirá tus sienes
Como Titán glorioso
El fresco lauro de inmortal victoria

Santa Fe, Noviembre de 1905.



A MI MADRE

Hay en el cielo azul de mi existencia
Una estrella que brilla sin cesar:
Ella es la esencia que me dió su esencia,
Ella el perfume de mi dulce hogar.

Es mi hogar, con mi madre, dulce nido
Donde no llega pena ni ambición.
Ella cuenta hasta el último latido
De mi pobre inexperto corazón.

Ella es el ángel que mis pasos guía;
Ella mi amor, mi gloria, ella mi bien.
Y aunque es astro en su ocaso, ella es mi día!
Y aunque es árbol marchito, es mi sostén.

Su tierno corazón es el sagrario
De un amor que revive sin cesar;
Y ese amor es la luz de mi santuario,
Única luz en mi sagrado altar.

En mi jardín de blancas ilusiones
Ella es de mi alma la fragante flor;
Rosa de mi verjel sin aguijones
Donde mora el perfume de mi amor.

Arroyo en la pradera de mi vida
Corre humilde cual próximo a expirar
¡Ay!...cuántas veces la lloré perdida
Y mi buen Dios me la volvió a dejar

Consérvala, Señor, ella es mi guía,
Ella mi amor, mi gloria, ella es mi bien;
Y aunque es astro en su ocaso, ella es mi día
Y aunque es árbol marchito, es mi sostén.

No me dejes, mi Dios, sin esa estrella;
Tengo miedo, sin madre, de vivir.
Larga la vida me será sin ella,
Mi existencia será largo morir.

Agosto de 1907.



A SAN MARTÍN

Ya están sobre la cumbre
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo
Hinchado por el soplo de una idea.
ANDRADE.

Al poeta e Historiador
Dr. Ramón J. Lassaga.

¿Lo véis?...es San Martín.¡De pie,patriotas!..
Ya el Cóndor de la Excelsa Cordillera
Rumor de libertad sintió en su nido,
A cuyo extraño ruido
Siguió el crujir de las cadenas rotas.

¿Lo véis?...Es San Martín. Alzó su frente
Con aire soberano
Y rasgó el denso velo
Que por tres siglos eclipsara el cielo
Del Mundo Americano.

Y al mirar el crespón hecho girones
Y al ver de un nuevo sol la hermosa lumbre
De tres eternos siglos codiciada,
Con ansias de Titán trepó a la cumbre
Con aliento inmortal vibró su espada.

No es ya, no, su mirada centellante
La mirada sin luz del que vacila;
Su ceño es de gigante
Y es pupila de Cóndor su pupila.
Y al ver que un mundo en gozo arrebatado
Lo contempla orgulloso
Del Ande legendario sobre el muro,
«Libre será mi Patria» grita airado
«Por el Dios demi Patria yo lo juro».

Temblaron las montañas
Bajo la planta audaz de los Titanes.
Para alentar su marcha de victoria,
Lanzaron su flamero
Los férvidos volcanes
Y radiante quedó su derrotero
Y el Porvenir de nuestra Libre Historia.
En vano allá en la falda espera ansioso
El valiente Español, todo fué en vano.
El Cóndor lo miró, batió sus alas,
Se desplomó sobre el León Hispano,

Lo arrastra por el valle montañoso
Y al fin lo deja huir, su saña rota,
Mientras bañado en luz de eterno día
Nuestro libre pendón al aire flota.

Honor a Chacabuco, pregonaron
Con su potente voz los vendavales:
Honor á Chacabuco, murmuraron
Las ondas del torrente
En himnos colosales.
Y es fama que si en noche de tormenta
Bate cual suele el huracán sañudo
Con frenético impulso la montaña,
Aun parece escucharse el eco rudo
De aquella lucha cruenta,
El sublime rumor de tanta hazaña.

Y siguió el Cóndor su genial carrera.
Y su estrella surcando su camino.
Ella inflamando la infinita esfera,
Él siempre fijo en su inmortal destino.

¿Qué importa que apiñados nubarrones
Eclipsen su fulgor por un instante,
Si luego, desgarrados los turbiones,
Se lanza delirante,
En Maipo despedaza al León Ibero
Y elévase triunfante

Entre acentos de diana redentora,
Mecido al murmurar de sus laureles
A los besos de luz de eterna aurora?
Chacabuco, Maipú, nombres queridos
Que abrasan con su ardor mi fantasía,
Ante los cuales, con pavor de muerte,
En mi Patria y en Chile câen derruidos
Los restos de la antigua tiranía.

Y siguió el Cóndor su genial carrera.
Y su estrella surcando su camino.
Ella inflamando la infinita esfera,
Él siempre fijo en su inmortal destino.
Llegó al Perú a través del Oceano;
Sintieron sus valientes que surgía
Como visión extraña
Sublime encarnación del genio humano.
Y escucharon al punto que crujía
El viejo trono de la heroica España.
Y libre fué el Perú, sus nobles hijos
Aclamaron al Cóndor de los Andes
Y tres pueblos se alzaron
De San Martín ante el soberbio empuje,
En el concierto de los pueblos grandes.

¡Salve, Ilustre Adalid! Yo te bendigo
En las notas que vierte el alma mía,
En las vibrantes notas de mi canto.

Tu nombre, en mi existencia, es armonía;
En mi pecho argentino, nombre santo.
¡Salve, Genio Inmortal, salve a tu nombre
Que hoy exalta mi anhelo!!
Tú, en la epopeya de la humana historia,
Siempre serás al hombre
Eco de redención acá en la tierra,
Ritmo de Libertad allá en el cielo.



ANTE MARÍA.

Trémulo el pecho, el labio palpitante,
Temblando de emoción el alma mía,
Vengo a echarme a tus plantas delirante,
Sediento de tu amor ¡Virgen María!

Es que la fiebre de mi amor es tanta
Y tan hondo en mi pecho él está escrito,
Que aunque sabes que te amo, Virgen Santa,
Tengo nostalgia de tu amor bendito.

Tengo nostalgias porque a veces sueño
Que en tu férvido amor muero abrasado,
Y luego al despertar, mísero empeño
Encuentro con tristeza que he soñado.

¡Ah, si en tu dulce amor me consumiera!..
Mas... no, porque después no te amaría.
Arder en tu cariño yo quisiera
Como la zarza sin quemarse ardía.

¿Por qué si te amo tanto, mis querellas?
¿Por qué si te amo tanto, mi martirio?...
Porque mis ansias, Madre, aun son más bellas,
Porque aun es más ardiente mi delirio.

¿Te acuerdas, Madre, cuando yo de niño
Soñando en tus ternuras me extasiaba?
¿Te acuerdas con qué angélico cariño
Me mirabas, oh Madre, y te miraba?

¿Y en éxtasis de amor me embebecía
Y tú me cobijabas con tu manto
Y en un cielo de amor yo me perdía
Y tú enjugabas mi ardoroso llanto?

¿Te acuerdas con qué fe, Madre amorosa,
Cada mañana, en cándidos excesos,
Deshojaba a tus plantas una rosa
Empapada con lágrimas y besos?

¿Te acuerdas cuando al pie de tus altares
Juré por siempre amarte, Madre mía?
¿Te acuerdas cuando envuelto en mis pesares
A tu regazo maternal corría?

Aun soy el mismo, Madre, aun soy el mismo.
Acaso mi semblante esté mudado
Ante el horror tremendo del abismo.
Pero mi corazón, no, no ha cambiado.

Aun prosternado ante tus pies de hinojos,
Como entonces, en mí, tu amor se agita;
Aun cuando pienso en ti siento en mis ojos
Que una abrasada lágrima palpita.

Aun siento que mi espíritu resbala,
En alas de tu amor y de mi anhelo,
Por esa celestial, mística escala
Que nos conduce de la tierra al cielo.

¡Oh, Madre, si te amé siempre en mi vida,
Con alma ingenua, con amor tan puro!
¡Ah, no! mi corazón nunca te olvida,
Más y más te amaré, yo te lo juro!

Ya que sueño en tu amor, dámelo grande;
Ya que sueño en tu amor, dámelo intenso:
Deja que mi alma en tu amor se expande
Sienta el efluvio de tu amor inmenso.



EL GENIO Y EL CRISTIANISMO.[1]

Deja un instante de batir tus alas
Genio inmortal. Perdona mi osadía
Si lejos hoy de deslumbrar mis ojos
La majestad sublime de tus galas
Alzo hasta ti mi frente:
Es que tu lumbre ardió en mi fantasía
Y el soplo de tu aliento ardió en mi mente.

¡Cuántas veces en loco desvarío
Ambicioné seguirte en tu carrera
Y admirar tu gigante poderío
Y contemplar tu luz en la alta esfera!
Más...¡ay! mientras soñaba ir a la altura
En alas de mi intrépido deseo
Mis fuerzas al nacer desfallecían,
Débiles fuerzas de infeliz pigmeo.

---

(1) Declamada por el autor en la velada Literario-Musical del Colegio-Seminario de la Inmaculada Concepción, con motivo delCentenario de Cervantes (Santa Fe.).

Hoy llego a ti, te miro, pero en vano;
No eres ya para el hombre el mismo de antes;
Ya la fibra del mundo
No palpita a tu impulso soberano,
Ya parece haber muerto acá en la tierra
La raza de gigantes.

¡Quién me diera volver hasta aquel tiempo
De encanto y poesía,
En que un genio en la tierra despertaba
Al despertar la luz de un nuevo día!
Y mientras iba el pabellón cristiano
De victoria en victoria,
Tú, con luz que eclipsaba las estrellas
Alumbrabas el suelo
Dejando allá en el cielo,
Como inmortal reguero de centellas,
El surco inmenso de tu eterna gloria.

Dime, Colón ¿Quién alma dió a tu idea
Tan grande como un mundo?...
¿No fué el ímpetu audaz del Cristianismo,
Antorcha inextinguible, sol fecundo
Que en nuestra mente, sin cesar chispea?
Dime, Numen; ¿Quién fuerza dió bastante
Para volar en marcha triunfadora
Entre nimbos de aurora
A Calderón, Petrarca, Vega y Dante?

Hubo un día en que el sol nació cubierto
De negros nubarrones:
El canto de las aves había muerto
Y en el seno del mar sólo se oía
El ruido atronador de los turbiones.
El genio despertó, tendió sus ojos
Hacia el pueblo infeliz de Berbería
En ansias de un anhelo,
Con ansias de afán inusitado.
Pero..¡ay! que al desplegar su augusto vuelo
Se sintió aprisionado.
¿Quién es aquel Titán que la Barbarie
Oprime entre cadenas?...
¿Por qué el cielo se anubla
Al contemplar lo acerbo de sus penas?
¿Por qué al mirar el ceño desdeñoso
De esa víctima audaz de su victoria
Tiembla el salvaje y cúbrese de espanto?
¿Será porque se agolpa a su memoria
El tétrico fantasma de Lepanto? (1)
Salud, Genio Español. Ya ha resonado
En las altas regiones,
De ritmos mil y mil entre explosiones
La voz de Libertad; ya el orbe entero
Surge de su delirio:
Ya el ministro de Dios te ha rescatado,
Ya cesó tu martirio.

---

(1) Cervantes estuvo cautivo de los moros, rescatándolo un fraile trinitario.

Salud, Cervantes. De mis cuerdas de oro
Desgránanse cascadas de armonía
Que vuelan a porfía
Para ensalzar tu gloria,
Mientras postrado en tierra yo te adoro.
Feliz de mí, mortal: sólo en el viento
Oigo el mágico ruido
Que te alza el mundo en himnos colosales,
Y al resonar tu nombre
Parece que murmuran a mi oído
Ráfagas celestiales.

Yo vi el altivo cóndor
De los Andes volar hasta la cumbre
Al desceñir el sol su cabellera
Entre mares de lumbre,
Y desde allí triunfante
Contemplar arrogante
Del astro hermoso la sublime hoguera.
Mas también vi que al replegar el astro
Su regia vestidura
Para hundirse en el piélago sombrío,
El cóndor, ya, con lánguido aleteo
Bajaba de la altura
Sin quedar un laurel de su trofeo
Que circundara su orgullosa frente
Sin quedar un girón en el vacío
De su trono de luz resplandeciente.

Y ¿qué? ¿También tu nombre, gran Cervantes,
Morirá con los últimos destellos
De algún aciago día?
!Ah, no! cien veces antes
El mundo sin concierto en el espacio
¡Como infeliz proscrito rodaría.
Te dió empujo tu raudo pensamiento;
Despreciando el rumor del mundo ingrato
Llegaste al firmamento;
Y desde allí glorioso
Escuchas hoy en la región inmensa
El eco de tu fama victorioso.
No temas, no; con lauro inmarcesible
Tu nombre sacrosanto
Grabado quedará en el cielo mismo
Mientras brille la luz inextinguible
Del astro aquel que sucumbir no puede:
El Sol del Cristianismo.



LA HUERFANITA

Tengo un pesar, Señor, que me quebranta
Y es de mi alma punzante torcedor;
¿A dónde iré sin madre, Virgen Santa?...
¿A dónde iré sin madre, dí, Señor?...

Cendal que cruza a la merced del viento,
Pálido y triste, sin calor ni luz;
Paloma que atraviesa el firmamento
Herida y sin consuelo, buen Jesús.

Yo recuerdo... recuerdo que una tarde,
Con lánguido semblante me miró.
Y ese recuerdo en mi existencia aun arde.
¿Por qué, cielos, también no me fuí yo?

Pero ¡ay! pobre de mí, yo era inocente.
Lo que entonces pasaba no entendí...
Y era tan niña, que aun dice la gente,
Que con pura sonrisa sonreí.

Aquellos dulces ojos se cerraron;
Yo dije para mí: Durmiendo está.
Y aunque algunos no sé de qué me hablaron,
Otra vez dije yo: Duerme mamá.

De nuevo penetré yo en su aposento
Y entonces a mi madre ya no vi
¡Quién sabe, dije, en tembloroso acento,
Si por mi ruido se marchó de aquí!

Mas... no: que desde entonces me faltaba
Algo que antes vivió en mi corazón.
Y vi que en mi existencia se agotaba
Una ilusión después de otra ilusion.

Crecí, mas todo en vano; aunque veía
A mi redor sonrisas esparcir,
Creció en mi corazón la imagen fría
De aquel instante en que la vi dormir.

Sé tú mi amor, oh Virgen dolorida;
Cuentan que a ti, mi madre me dejó...
Si es así de verdad, madre querida,
Más que nadie en el mundo te amo yo.

1907.



AL PONTIFICADO

---

*(Al Exmo. Sr. Internuncio Apostólico
Monseñor Aquiles Locatelli).*

Ya se hundió el paganismo: ya alborea
En la conciencia humana
El fuego ardiente de la eterna idea;
Ya en el Orbe chispea
El mágico fulgor de una mañana.

Después de las canciones de la orgía,
Rumores de catástrofe se oyeron;
Y al despertar la Roma que dormía
De la impudicia en los traidores brazos,
Era ya tarde, su poder caía;
Su imperio derrumbábase a pedazos.

El Sol de Libertad brilló en la esfera.
La llama colosal de eterna hoguera
Surgió con heroísmo;
Era el rayo genial del Cristianismo
Que alumbraba las ruinas del pasado;

Y sobre tanta ruina funeraría,
Y entre el fulgor de tan sublime gloria,
Se alzó el Pontificado
Que alumbró los despojos ya marchitos
De tanta raza paria
Y el porvenir brillante de la historia.

Las Águilas de Roma se escondieron.
Ya no sonó su tétrico graznido
Como el eco de acerbas tempestades.
Y el mundo antes esclavo, hoy redimido,
Ya no sintió del látigo el chasquido;
Que en donde al César se quemó perfumes,
Hoy brilla el trono de la fe cristiana:
Trono de luz donde se sienta el hombre
Que con mágico impulso
Traza su rumbo a la conciencia humana.

Roma no fué la Roma de otro día;
No fueron ya famélicas legiones
Las que al mundo fijaron su destino.
El ángel de la Vida, el misionero,
En la frente estampó de las naciones
Un ósculo divino;
Y al contemplar su nuevo derrotero
Hasta la misma gloria sublimado,
Tejieron mil guirnaldas de laureles
Para ceñir la frente del Papado.

Y del Papado ante el sublime aliento
La Enseña Redentora
Voló por las naciones vencedora
Como en alas del viento,
Nube que, desplegada, el Astro dora.

Los bridones de Atila
No relincharon con furor de muerte,
Ni del Germano la feroz pupila
Se cebó en los despojos
Del mundo, triste esclavo de la suerte.
¡¡Redención, Libertad!! sublime acento
Que alzaron los pontífices de Cristo
Como una vibración del firmamento.
A su grito las bárbaras naciones
Sus iras doblegaron;
Sintieron como el soplo misterioso
De raudas emociones
Y ante el ara sublime
De Cristo y del Progreso se inclinaron:

Desde entonces el trono soberano
De los Papas, se alzó sobre la tierra
Como astro de fulgor inextinguible,
Sobre la inmensidad del Oceano.
Y mira bajo sí, cruzar inquietas
Edades tras edades;
Y nacer y subir y deshacerse
Como polvo a sus pies las tempestades.

Los átomos se agolpan a porfía
En tenebrosos giros
Por eclipsar su luz, vana quimera:
Son átomos tan sólo en la alta esfera,
Perdidos en la luz del eterno día;
Pasarán como pasa el torbellino
Y volverán de nuevo, pero en vano.
Sobre la tierra tu fulgor divino
Verterás a cascadas, Astro Hermoso,
Mientras vibre en la tierra aliento humano.

Mayo de 1908.



A MI ESTRELLA

Cuando en las noches de silencio y calma
Alzo mi vista al estrellado edén,
Una estrella de amor alumbra mi alma
Y acaricia su luz mi ardiente sien.

Es mi estrella, lo dicen bien mis labios;
La conozco en el cielo entre otras mil.
¿Cuál es su nombre? Lo sabrán los sabios.
Me basta conocer su luz gentil.

En el colegio, cuando yo era niño,
Desde mi angosta celda la miré;
Soñé que me miraba con cariño
Y mis quejas de niño le conté.

De entonces y a través de la ventana,
Siempre constante la miré surgir.
¡Y cuántas veces aun por la mañana,
Contemplé sus fulgores relucir!

No importa que en la bóveda estrellada
Brillen astros de inmensa magnitud:
Ninguno, en mi inocencia idolatrada,
Me inspiró tanto amor a la virtud.

¡Cuántas veces en loco devaneo
Hasta la gloria eterna ansié volar,
Por comprender no más su parpadeo
Que no acababa yo de adivinar!

Ilusiones de niño, ensueño de oro,
Ráfagas suaves del primer candor,
Que cruzan sin dejar de su tesoro
Más que el recuerdo de lozana flor.

Han pasado por mi alma algunos años,
Ya no soy niño como entonces, no.
Y no obstante mis tristes desengaños,
Ella en el cielo nunca se extinguió.

No me dice lo que antes, ello es cierto;
Es otro su lenguaje, otra su voz.
Mas sus fulgores para mí no han muerto,
¡¡Qué bien nos conocemos aún los dos!...

Junio de 1908.



AL 25 DE MAYO

A mi amigo el Pro. Emigdio Segarra Jardín.

Sol de la libertad, tres veces salve.
Yo te saludo en el hermoso día
En que tu resplandor alumbró un mundo,
Y palpitando en mágica alegría
Cien pueblos y otros cien su frente alzaron
Con vértigo profundo,
Cuando entre los matices de tu aurora
Y la explosión de tu sagrada lumbre,
El Ángel de los Libres divisaron
Del Ande excelso en la empinada cumbre.

¡Día feliz!..... ¿Por qué quiso el destino,
Por qué del Hacedor plugo al arcano
Que en medio tu carrera
Luz inmortal de libertad surgiera
En el pueblo argentino,

Hijo glorioso del glorioso hispano?..
¿Quién dará hoy a mi acento el estampido
Del trueno que revienta
En la región del aire dilatada,
Para que de mi voz vibre el sonido
En cuantos pueblos unen sacros lazos,
Bajo la hermosa bóveda estrellada
Donde la Cruz del Sur abre sus brazos?

¿Quién en mi mente prenderá hoy el fuego,
Quién en mi corazón prenderá el rayo
Para seguir, oh Libertad, el vuelo
Con que cruzaste el cielo
Al resplandor de Mayo,
Dejando en pos de ti la huella eterna
De mágicos fulgores,
Y vertiendo en el seno de tus hijos
Anhelos, esperanzas,
Como lluvia inmortal de gayas flores?
Yo sólo sé que al agitarse extrañas
Las orlas de tu manto
De tus hijos heroicos en la frente,
Retumbaron de pronto las montañas;
El glorioso león jamás rendido
Se estremeció de espanto:
Y al querer sacudir en lid potente
Su encrespada melena,
Se sintió vacilar, lanzó un rugido
Y exánime cayó en la ardiente arena.

Yo sólo sé que al despuntar lejana,
Entre fulgentes nimbos de oro y grana,
La luz de un nuevo día,
Un mundo, victorioso Prometeo,
En alas de titánico deseo
Su frente al cielo erguía;
Mientras el ángel de la eterna gloria,
Como presagio de inmortal victoria,
Fresca guirnalda de laurel tejía.

Ah, ¿qué importa que sangre tan preciosa,
Oh Pueblo Americano,
Que al fin es sangre del glorioso hispano,
Se derrame en la lucha gigantea,
Si luego surgirá el Sol de los Libres,
El Sol de Salamina y de Platea?

¡Hurra, Argentinos, por la patria amada;
Hurra, patriotas, como fuertes bravos;
Tremolad vuestra enseña inmaculada,
Cien veces muertos pero nunca esclavos!

Ruido de libertad, murmullo de alas
Pueblan el firmamento,
Y al mágico concento
De tus cantos de triunfo y de laureles,
Se une el himno salvaje de tus pampas,

El fragor de tus fieros huracanes
Y las llamas de luz con que te alumbran
Tus férvidos volcanes.
Pero jamás en tu pujante saña
Llegues a herir a quien te dió su vida,
Llegues a herir a esa tu madre España,
Oh América querida.
Ella te dió su Religión, su idioma,
Y legendaria sangre
Inoculó en tus venas.
Y blasón será siempre a su memoria
Ese ímpetu genial y tradiciones
Con que hoy te alzas al par de las naciones,
Rotas ya tus coyundas y cadenas.
Y aunque del astro hermoso,
Que entre cascadas de esplendor fulgura,
Se eclipsara por siempre la luz pura,
O del inmenso ocêano
No quedase en el seno ni una ola,
Oh Pueblo Americano,
Siempre en tu corazón ardiera el fuego
De una sangre inmortal, sangre española.

Santa Fe, Mayo 25 de 1907.



AL SEÑOR.

(En retiro espiritual).

Yo te siento, Señor, en mi plegaria
Palpitar cual sublime exhalación:
Y es tu nombre, en mi noche funeraria,
Nube de fuego, hermosa luminaria,
Cuando tiembla en mi labio la oración.

Todo está en calma, el sol no resplandece.
Brillan los astros en el cielo azul.
Todo está triste, todo se oscurece,
Menos mi voz, Señor, que sube y crece,
Nube radiante de radiante tul.

Mi tienda he desplegado en el desierto,
Donde no llega un eco ni un rumor.
Todo duerme y reposa... todo yerto...
¿Todo? no, que mi espíritu no ha muerto
Y alza hasta ti su cántico, Señor.

Tomo el salterio, el de mis cuerdas de oro,
Y desgrano un preludio celestial,
Y en medio del desierto es mi tesoro.
¡Cuánto te amo, Señor, cuánto te adoro,
En medio del silencio sepulcral!

Y al eco de mis cuerdas desprendido,
Me adormezco en raudales de tu amor.
El desierto, mi sér, todo lo olvido,
Y en ese dulce ensueño tan querido
Sueño en tu gloria, sueño en tu loor.

Mañana, al despuntar el sol brillante,
Mi marcha dolorosa seguiré.
Quizás en mi jornada delirante,
Una mancha de sangre a cada instante
Señale el sitio donde puse el pie.

No importa, soy feliz mientras en mi alma
Arda el incienso de tu dulce amor,
Mientras en mi desierto haya una palma,
Mientras de noche en la envidiable calma
Llegue hasta ti mi espíritu, Señor.

Santa Fe, Diciembre 1907.



INOCENCIA.

A la inocente niñita Belkissita Leiva,
al cumplir sus siete años.

¿Sabes lo que es, oh niña, la inocencia?...
Eres muy niña, no lo sabes, no.
Es una flor de sin igual esencia,
Que el mundo aun en tu ser no deshojó.

De nuestra vida es el mejor destino.
De un astro del Edén rayo de luz.
Es aquel beso de candor divino
Que imprimió a la niñez el buen Jesús.

Cuando en sueños tu espíritu regalas,
Se goza el ángel al mirarte así;
Dosel te forma con sus blancas alas
Y hojas de nardo vierte sobre ti.

Y los sueños de mágica alegría
Que te abisman en cándida ilusión,
Ese ángel celestial te los envía
Para saciar tu puro corazón.

Y cuando el mundo con sus negras brumas
Tu espíritu gentil quiere agitar,
Tiende ligero sus rizadas plumas
Sin que te alcance el mundo a marchitar.

Cuando levantas tu plegaria al Cielo,
De unción bañada tu radiante sien,
Él es quien la conduce en raudo vuelo,
Palpitando en sus labios, al Edén.

Y ese amor que en tu pecho es hondo grito
A los que ayer te dieron tu existir,
Él con lampo inmortal es quien lo ha escrito
Para que nunca pueda sucumbir.

Ámalo pues, oh niña candorosa,
Ámalo con cariño sin igual,
Hoy que eres broche de naciente rosa
Que aun no tronchó furioso el vendabal.

¡Ah, si mañana sientes en tu vida
Desengaños, tristezas y dolor,
Buscarás la inocencia ya perdida
De tu primera edad el santo amor!

Dichosa si lo guardas siempre en tu alma,
Como perfume de sagrado altar...
Quiera el cielo que siendo aquí tu palma,
Sólo en la gloria te haga despertar.

Santa Fe, Junio 1º de 1908.



LA BANDERA DE BELGRANO

Es la tarde. Tristemente
El sol sus hebras derrama
Sobre el Rosario que inflama
Su entonces humilde frente.
El Paraná su corriente
Rumoroso precipita;
La muchedumbre se agita
Con delirio soberano,
Y es la tropa de Belgrano
La que corre, se arma y grita.

Belgrano, nombre que alienta
El corazón argentino;
Belgrano, nombre divino
Que nuestro valor sustenta;
Genio que en la lucha cruenta
Rasgó extranjeros pendones;
Unos de aquellos campeones
Que como bravos lidiaron
Y sobre su gloria alzaron
La gloria de tres naciones.

Lentamente mira al cielo
Al esconderse ya el día,
Y no ve en su batería
Los colores de su anhelo.
Un profundo desconsuelo
Siente en su alma resurgir...
«¡No lo puedo consentir!»
Clama con voz altanera
«¡Mi Patria tendrá Bandera,
Mi Patria debe existir!»

Calló Belgrano: su grito
Fué, en su majestad, intenso
Como el estampido inmenso
Del trueno en el infinito.
Entonces, como el proscrito
Soñó en su Patria, en sus glorias,
La vió alzarse en las Historias
Coronada de laureles,
Bajo infinitos doseles
Tachonados de victorias.

Alza de nuevo a la altura
Su mirada centellante,
Y siente en su alma, al instante,
Rayo de lumbre más pura.
Es que en su mente fulgura
Un sublime pensamiento,

Y con impávido acento:
«¡Será mi Bandera!» exclama
«Blanca cual mi ardiente llama,
Azul como el firmamento».

Con empuje sobrehumano,
Nuestra bandera enarbola
Y la bandera española
Cayó sin ultraje vano.
«Viva, les dice Belgrano,
Nuestra patria, antes cautiva»
Y su entusiasmo se aviva
Y su valor se agiganta
Y al mirar la enseña santa
Todos repitieron «¡Viva!...»

Del sol el último rayo
Alumbró nuestra bandera,
Y fué su luz postrimera
Un beso de su desmayo,
Y como en días de Mayo
Se oyeron himnos de gloria,
Himnos de triunfo y victoria
Que vibran eternamente
En nuestra abrasada mente,
En nuestra argentina historia.

Septiembre de 1907.



LAMENTOS DE UN PROSCRIPTO

Junto a la playa desierta
Donde gime el mar a solas,
Con voz que el dolor despierta,
Se oye una voz más incierta
Que el mismo son de las olas.

Es el quejido doliente
De un joven de tiernos años,
Que así llora tristemente
Al sentir en su alma ardiente
La hiel de los desengaños.

Ondas del inquieto abismo
También llenas de amargura,
Y que, como el hombre mismo,
Horas tenéis de espejismo
Y horas de tedio y tristura.

Si llegáis hasta mi suelo
En vuestro inquieto rodar,
Al ángel de mi consuelo
Decidle que mi hondo anhelo
Sólo me enseñó a llorar.

Brisa que a mis patrios lares
Cruzas besando la espuma,
Y al amargor de los mares
Juntas en tu blanda pluma
El de mis tristes pesares,

Llega, llega presurosa
A mi hogar hospitalario,
Y de allí vuélvete ansiosa
Con una endecha amorosa
De aquel nido solitario.

Dile a mi madre querida
Perdone mi desvarío,
Que ya mi alma dolorida
Siente el frío de la vida,
Siente de la muerte el frío.

Dile que hay en mí pesares
Como en el cielo hay estrellas,
Como arenilla en los mares,
Como arrullo en los pinares,
Como en el viento querellas.

En mi pecho se anidaron
Esperanzas e ilusiones,
De mi ser se alimentaron
Y al volar... ni me dejaron
El eco de sus canciones.

Destrozada el alma mía,
Cruzo la vida llorando
Sin consuelo ni alegría;
Penando me encuentra el día,
La noche también penando.

En la tierra, de rodillas,
Mi llanto, cual lava ardiente,
Va quemando mis mejillas,
Y en ese mar sin orillas
No hallo tu imagen sonriente.

Busco tu dulce embeleso,
Oh madre, como de niño,
Y ya no hallo con exceso
Por cada queja un cariño,
Por cada lágrima un beso.

Cuando en la noche serena
Escuches tristes acentos
Como arrullos de una pena,
Recógelos, madre buena,
Que son mis tristes lamentos.

Entre tanto a Dios mis ojos
Alzaré triste y doliente,
Porque aplaque sus enojos
Y te abrace yo de hinojos
Como en mi infancia sonriente.

Como el ave en la enramada,
Como la flor en el suelo,
Veré nacer la alborada
Y los dos, madre adorada,
Bendeciremos el cielo.

Santa Fe, 1904.



RITMOS

«A mi amigo el Pro. N. De Carlo,
en su duelo».

¿No has visto, cuando aquí lloran las flores,
Hasta el cielo, cantando sus amores,
Dulce alondra volar?...
¿No has visto, cuando ya la tarde cierra,
Como dejando la enlutada tierra,
Sube al cielo a cantar?

¿Y por qué cuando un alma en raudo vuelo
Deja la tierra y se remonta al cielo,
Por qué hemos de gemir?
¿Por qué cuando el fulgor de un nuevo día
Vuela en pos de la célica armonía,
Por qué hemos de sufrir?

Nace la flor en lágrimas bañada,
Nace también llorando la alborada.
¡Qué triste es el nacer!
Gime al nacer la fuente en la esposura
Mientras va repitiendo la onda pura
«¡Vivir es padecer!»

Rudo combate de la aciaga vida,
Siempre manando sangre de la herida,
¡Qué triste es el vivir!
Alzar a Dios nuestro postrer lamento
Y exhalar en sus brazos nuestro aliento,
¡Qué dulce es el morir!

Año 1900.



¡CONTEMPLANDO!...

Cuando contemplo un niño
Puro, travieso,
Retozar bullicioso
Con embeleso,
Siento una pena
Que me produce esa alma
De encantos llena.

Muy bellas de sus labios
Son las sonrisas...
También son seductoras
Las frescas brisas,
Y sin embargo
Muchas veces nos dejan
Un eco amargo.

¡Qué dulces de sus besos
son los rumores!
Mas también guardan néctar
Las puras flores,
Y ¡oh suerte dura!
¡Quizás cubran mañana
Mi sepultura!

Ese ángel de inocencia
Que te enamora
¿Será acaso mañana
Lo que es ahora?...
No sé, mas siento
Que triste se oscurece
Mi pensamiento.

Yo ignoro si esos puros
Castos ardores,
De un sol que se avecina
Son resplandores;
O ya en sus años
Un horizonte ocultan
De desengaños.

Es verdad que de un niño
De alma graciosa
Puede salir brillante
La mariposa:
¡Mas también son bonitos
Del tigre y la pantera
Los cachorritos!

¡Qué misterios encierra
La vida humana!...
Vemos todos al niño
De altura enana...
Mas nuestra vista
No acierta si es Herodes
O Juan Bautista...

Quizás mañana mismo,
Si es sanguinario,
Dirá el mundo, con aire
De visionario:
«Ya se veía,
Por eso en matar pájaros
Se entretenía».

¡Mentira! yo de niño
También mataba;
Mi anhelo por tocarlos
A eso llegaba.
Y hoy ya de hombre
Hasta de «muerte y sangre»
Me asusta el nombre.

Lo que yo sé y afirmo
Y es muy humano,
Que el porvenir del niño
Es un arcano:
Por eso siento
Que triste se oscurece
Mi pensamiento.

Yo sé que en la alborada
De la existencia
Vive el niño y se nutre
Con su inocencia.
Mas... ¡ay! la vista
No acierta si es Herodes
o Juan Bautista.



A PIO X

Al Ilmo. Sr. Obispo de Santa Fe,
Dr. Juan Agustín Boneo.

¡Cuánta sombra de muerte en veinte siglos!
¡Cuánto pueblo que fué, y hoy sepultado!
Qué dolientes vestiglos
De tanto y tanto trono derrumbado,
Que a otros solios acaso lugar dieron
O al huracán del tiempo sucumbieron.

Sólo la Iglesia vive, sólo triunfa
Sobre el abyecto polvo de las ruinas,
Sólo ella va cruzando majestuosa,
Alentada por ráfagas divinas;
Y siempre perseguida va pujante;
Y siempre envuelta en lucha gigantea;
Mientras el Orbe entero bambolea,
Ella se alza triunfante.

Muere Lèón Trece y se levanta Pío.
No es, no, el león bravío
Que al mundo sacudiera en crudas lides;
Pero es su corazón la ardiente hoguera,
Volcán el más profundo,
De aquel amor que Cristo nos trajera
Para abrasar el corazón del mundo.

«Ignis Ardens» le llaman y es su emblema,
Hermoso emblema como no se ha visto:
«Ignis Ardens» le llaman y es su lema
«Restaurar todo en Cristo».
Y todo se conmueve ante su llama,
Irradiación eterna de la altura.
Todo vibra y se inflama
En el ardor de Cristo Soberano,
El sacerdote y la doncella pura,
El apóstol que muere en la batalla.
El niño y el anciano.

En la inmensa corriente de los siglos,
De estragos anhelante, nunca llena,
Sólo Dios, desde el cielo,
Con mirada eternal, todo lo ordena.

De Lêón Trece se irguió la audaz figura
En un siglo de astuta diplomacia;
Y al hundirse aquel siglo en el Ocaso,
Jamás soñó que estaba cerca el día

En que con otro Papa se alzaría
La hermosa Democracia.
Y es Pío Diez quien baña con su lumbre
Aquel ideal sendero
Que Lèón Trece enseñó al proletariado
Y ya en el Orbe por doquier fulgura
Como la aurora de brillante etapa;
Que si Lèón Trece ha sido el Papa Obrero,
Pío Diez, con su sangre humilde y pura,
Es el Obrero Papa.

Es el obrero que alza hasta Dios mismo
Su frente sudorienta
Y en ademán sublime
Y con el rostro altivo y sin afrenta
Muestra al mundo la senda de la vida,
Enseña a los magnates
Que del humilde y pobre son hermanos
Y que en su orgullo audaz sólo merecen
El estigma tremendo de tiranos.

¿Qué importa entonces que en la tierra ingrata,
Como en noches de negra tiranía,
Rujan contra la Iglesia potestades,
Escándalo del mundo y las edades?
¿Es más oscuro el día
Porque haya ciegos que su luz no vean,
Mientras las orlas de su hermoso manto
Chispeando luz al firmamento ondean?

Pío Inmortal, que con afán sublime,
De la tierra en la cumbre esplendorosa,
Al mundo entero náufrago que gime
En el mar insondable del destino,
Con impulso divino
Lo alientas a la playa venturosa.
No arranque, no, la ingratitud cobarde
De tu alma el triste lloro.
La Historia ceñirá tu augusta frente
Con guirnalda inmortal, con lauro de oro:
Que hoy como ayer tus hijos te proclaman
El corazón más grande, más fecundo
De aquel amor que Cristo nos trajera
Para abrasar el corazón del mundo.



CANCIÓN A LOS ANDES

Siempre, cumbre inmortal, siempre he sentido
Sublimarse mi humilde pensamiento,
Cuando tu inmensa imagen
En mi ardorosa frente se ha encendido
Con el calor de su abrasado aliento.
Y si nunca mi voz a ti ha llegado,
Fué por temor de profanar tu alteza
Y tu nombre sagrado,
Mas mi anhélito siempre fué tan grande,
Como inmensa tu altura, inmenso Ande.

Yo no sé lo qué tienes, pero es cierto
Que al pronunciar tu nombre,
El espíritu extático se eleva
Sin alcanzar a comprenderte el hombre.
¡Cuántas veces en alas de mi anhelo,
Al cóndor envidiando su pujanza,
Ambicioné llegar hasta tu cumbre
Y desde allí, tocando el alto cielo,
Contemplar con pavor la horrible hoguera
Que en torrentes de lumbre
Arrojan tus volcanes a la esfera!

¡Cuántas fueron mis ansias y congojas,
Oh Atleta giganteo!...
¡Ah, si volar pudiera hasta tu cima
Como vuela mi intrépido deseo!...
En mares de esplendor también vería
Cómo el hermoso luminar del día
Sobre tu enhiesta cumbre toma aliento
Para luego lanzar más esplendente
Su curso prepotente,
Rey sublime del ancho firmamento.

Allá en la negra noche de los siglos,
El mar pujante sobre ti rodaba,
Y tu cerviz, bajo su duro peso,
Reprimiendo sus iras se humillaba.
Mas quisiste ser libre, y al instante
Hiciste resurgir tu altiva frente,
Tembló el abismo en su profundo seno
Al verte alzar con ímpetu gigante,
Y sus hirvientes olas
Por siempre huyeron rebramando a solas.

Al punto y a tus plantas
Con estupor, la creación entera,
Sujetando su indómita carrera,
Vió un mundo antes oculto en el arcano;
Al par que el esplendor de un nuevo día
Tus sienes circuía
Con diadema de augusto soberano.

Desde entonces te extiendes orgulloso,
Del lejano confín de un continente,
Hasta el confín contrario,
Como Titán coloso.
Lanzas tus regias cimas,
Sentadas sobre moles de granito,
A luchar con los fieros huracanes
Que braman en el piélago infinito:
Mientras reluchan contra el mismo cielo
Las llamas de tus férvidos volcanes.

Ya los siglos pasaron y se hundieron,
Y un día, allá en la altura
De tu más alta sierra,
Un ángel de hermosura
Iluminando apareció la tierra.
Fúlgida espada de flamante fuego
En su mano blandía;
Blanco era su vestido cual la nieve
Y sobre su cabello blondo y leve
El casco centellaba diamantino,
Mientras su rostro de candor divino
Cascadas de fulgor resplandecía.
Lo vió el Americano de hito en hito
Y el soberano grito
De «¡Libertad!» repercutió grandioso.
A su acento armonioso
Restallaron con saña los aceros
De Patriotas e Iberos

Que se arrojaban con furor de leones,
Palpitando en sus labios la promesa
De sucumbir al pie de sus pendones.

¡Cuántos recuerdos traen a la memoria
Tus cumbres inmortales!...
¡Cuántos ensueños mágicos de gloria
Con Maipo y Chacabuco y cien batallas
Tus duros peñascales!...
¡Oh Ande prepotente!
A quien el mismo sol, al ocultarse
En los ignotos mares de Occidente,
Contempla arrebatado,
Y al mirar tu grandeza soberana,
Manto te da de púrpura y de grana;
Siempre, siempre con mágico ardimiento,
Tu imagen arderá en mi pensamiento.

A través de las rápidas edades,
Altivo y orgulloso
Verás la humanidad correr cansada
Del tiempo en el raudal vertiginoso.
Mas tú, siempre inmortal, siempre sublime,
De nieve coronado y de esplendores,
Te elevarás gigante
Inundando el espacio de fulgores
La llama colosal de tu semblante.

Julio 19 de 1903.



¡TODO PASÓ!...

Todo lo arrolló a su paso
La voraz locomotora,
La que cruza vencedora
Hollando el monte y el raso.
Se han hundido en el Ocaso
Las brillantes tradiciones,
Las gauchescas ilusiones,
La loma con su enramada
Y el rancho (1) con su bandada
De arpegios y de canciones.

Yo siento que en su corriente
A nuestro suelo arrebata
El Progreso, que en el Plata
Se irguió con altiva frente.
Pero ¡ay! que si es refulgente
Del porvenir el camino,
Yo bendigo su destino
Y el gozo que en mí despierta;
Mas... sobre la tumba abierta
Lloraré como argentino.

(1) Rancho: Choza.

Ya murió la raza aquella
Que en indómitos corceles
Se lanzó a ganar laureles
En nuestra heroica Epopeya.
Ya se ha extinguido su estrella;
Ni un resto en la Patria flota:
Viento extraño es el que azota
Nuestra Patria bendecida,
Viento que al cuerpo trae vida
Y nos deja el alma rota.

Cada gaucho era una historia,
Cada historia era un poema
De nuestra gloria suprema,
De nuestra argentina gloria.
Ya no guarda la memoria
Sus vibrantes narraciones,
Sus heroicas emociones,
Ni las eternas jornadas
En que huestes desangradas
Aun destrozaban leones.

Se borraron ya en la mente
Los intrépidos guerreros
Que en el campo de Caseros
Fueron torbellino ardiente.
A su vértigo potente

Sucumbió la tiranía;
Y en aquel sublime día,
De sus glorias la postrera,
El gaucho nuestra bandera
Siempre en lo alto sostenía.

Donde el criollo se anidó
De la pampa en la pradera,
Sólo se ve la tapera, (1)
Lo demás . . . . todo pasó.
Tembló el rancho, al fin cayó;
Aun la brisa triste llora,
Mientras cruza triunfadora,
Ansiosa de oro y sustento,
Dando su penacho al viento,
La voraz locomotora.

El ombú, mudo testigo
De tanta escena grandiosa,
No alza su copa frondosa
Brindando su dulce abrigo.
Todo lo arrolla consigo
El arado y el progreso,
Todo lo mata en su exceso
De trastorno y de mudanza,
Todo es cálculo y balanza,
Todo se hunde con su peso.

(1) Tapera: Ruina.

Hasta el payador (1) ha muerto,
Y aquellos tiernos cantares
Que poblaban los hogares
En dulcísimo concierto.
Aquel que a nuestro desierto
En sus cantos evocàba,
En la tapera templaba
Su guitarra melodiosa
Y la pampa silenciosa
Al escucharlo lloraba.

Yo bendigo el ideal
Que a nuestra Patria ilumina,
A nuestra Patria Argentina
Que se levanta inmortal.
Mas el progreso genial
Las tradiciones borró,
Y todo... todo cayó
En la sima del olvido.
¡Adiós tiempo más querido!...
Sol que existencia nos dió.

1905.

---

(1) Payador: Cantor Argentino.



UNA HISTORIA

A la niñita Marina Leiva,
al cumplir sus siete años.
Marzo 3 de 1901.

Niña, que en feliz memoria
Conservas cuantos consejos
Escuchaste de los viejos
Y en ello cifras tu gloria;
Yo aunque no anciano, de lejos
Te escribo esta breve historia.

Era una tierna amapola...
Me parece que aun la veo
En su loco devaneo
Alzar su linda corola
Y después ajada y sola
Ver marchito su deseo.

El primer rayo sonriente
De un sol templado lucía;
Y nuestra flor recogía,
En su seno febriciente,
El murmullo de la fuente
Y el rojo arrebol del día.

Soñó la flor con amores:
Pobre flor ¿por qué soñaba
Si la muerte la acechaba
Entre sus castos ardores,
Si el Sol con sus resplandores
La muerte le preparaba?

Aquel sol de luz querida
Que la miró desde el cielo
Y un rayo vibró hasta el suelo
Que le dió vigor y vida,
Al verla de gozo henchida
Otro rayo desprendió
Tan ardiente, que la hirió,
Cayendo mustia y ajada
Por la traición traspasada
Como sombra que voló.



A LA MUERTE DE UN INOCENTE

Como flor primera,
Pura y delicada,
Que al pensil matiza
Con su faz galana,
Tal era aquel ángel
Azucena cándida:
Mas ¡ay! yace mustia
La flor tan amada.

Del sol ardoroso
Los rayos, abrasan
Las púdicas flores
Aterciopeladas.
Y al fin se doblegan
Y tristes desmayan:
Por eso está mustia
La flor tan amada.

Seis bellos abriles
No ha visto aún su alma,
Y ya mis enojos
Con besos y gracias
El tierno angelito
Alegre calmaba :
Mas ¡ay! yace mustia
La flor tan amada.

¡Era tan hermoso!...
¡Tanto yo lo amaba!...
Sus negros ojitos
Que siempre alegraban
¿Por qué no me miran,
Por qué no me acallan?
Pero ¡ay! yace mustia
La flor tan amada.

Mas... ya sé: los ángeles
Al verlo sin mancha,
Tan puro y tan bello,
A su alta morada
Alegres cantando
Lo llevan en palmas:
Por eso está mustia
La flor tan amada.

Al ver aquel rostro
Que dicha irradiaba,
Sus lindas mejillas
De seda y de grana,
Juzgaron ser de ellos
Aquel que miraban:
Por eso está mustia
La flor tan amada.

Al ver su cabello
En hebras doradas
Caer suavemente
Formando cascada,
Creyeron ser de ellos
Aquella alma casta:
Por eso está mustia
La flor tan amada.

Al ver la sonrisa
Que dulce jugaba
En labios que hicieron
La rosa y el nácar,
Lo llevan volando
Volando a su alcázar:
Por eso está mustia
La flor tan amada.

Aquel albo lirio
Que aroma exhalaba,
Se encuentra marchito,
No vierte fragancia.
Es que en este mundo
Todo nace y pasa
Como nace y muere
La flor tan amada.

Octubre de 1900.



LAS GOLONDRINAS

¡Con qué dulce alegría,
Con qué ligeras alas
Rompiendo van del aire
La encantadora calma!
¡Cómo aletean gozosas
Vertiendo de sus arpas
Los flébiles gorjeos
Que dulces se dilatan!...
Y vuelan y más vuelan
Y pían y no paran,
Formando bellos giros
En las regiones diáfanas.
Ya vuelan hasta el cielo
Y sin batir sus alas
En la apacible atmósfera
Se entregan a las auras,

Ya alígeras descienden
Y en círculos resbalan
Sobre el tranquilo ambiente,
O en brisa perfumada
Hasta besar del prado
Las perlas y esmeraldas.
Ya lanzan dulces píos,
Ya besan las guirnaldas,
Ya vuelan juguetonas
Rozando enamoradas
Del silencioso arroyo
Las transparentes aguas.
¡Oh vida encantadora!
¡Oh vida regalada!
Ni el tedio las devora,
Ni el mundo las abrasa,
Y cuando llega el frío
Se van a tierra extraña.
Mas ¡ay! que siempre al hombre
Sus penas le acompañan.

Junio de 1901.



BELGRANO

Un Genio se levanta en nuestra historia
Con destellos de eternas claridades,
Cuyo recuerdo es símbolo de gloria
Que alumbra majestuoso las edades:
Sol que entre nimbos de inmortal victoria,
O sumido en el mar de adversidades,
En la guerra, en la cumbre o en el llano,
Siempre coloso fué: «*Manuel Belgrano*».

¡Patria! ¡Patria querida, que a millares
Engendraste tus bravos campeones!
¡Patria que ni en la tierra ni en los mares
Jamás viste humillados tus pendones!
Que en lugar de espartanos militares,
Lanzaste al campo indómitos leones:
¿Quién si no tú a Belgrano dió entereza
Para prodigio tal y tal proeza?

Ya mis ojos te ven, te ve mi mente,
Oh Prócer de mi Patria bendecida,
Alzarte en Mayo al resplandor luciente
De aquel sol que nos trajo eterna vida.
A luchar, a luchar como valiente,
La Patria de tus sueños te convida.
¿Temer? ¡Jamás! Si es fuerte el adversario
Tu en cambio eres sublime visionario.

¡Hurra, que ya la libertad te espera
Y te impulsa con hálito divino!
¡Hurra, que el ángel, en la inmensa esfera,
Del Paraguay señálate el camino!
Y su sol tropical será la hoguera
Que alumbrará tu incógnito destino;
Lánzate, y en sus bosques de jaguares
Despedaza coyundas seculares.

¡Oh, amargura mortal! Mi alma no acierta
A comprender la fuerza del arcano,
Cuando contemplo tu esperanza muerta
En su primer empuje, gran Belgrano.
¿Muerta?... ¡Nunca! Tu espíritu despierta
Cual despiertan las ondas del oceano
Y aun viertes en tu espléndida caída,
El germen de una raza redimida.

Yo recuerdo, recuerdo aquel instante,
Genio inmortal, en que, por vez primera,
Hiciste, con denuedo de gigante,
Tremolar nuestra impávida bandera.
Y la viste, la viste delirante
De tus fuertes flamear en la cimera.
¡Llévala pues, Belgrano, inmaculada,
De la Gloria a la cima codiciada!

Con ella volarás hasta la cumbre
Donde proclama el sol su poderío,
Y, como águila real, su inmensa lumbre
Beberás en el piélago vacío.
A tus plantas la adversa muchedumbre
Llorará de su audacia el desvarío,
Y Salta y Tucumán, pueblos hermanos,
Dos sepulcros serán de los tiranos. (1)

Y su hora llegó, llegó aquel día
Que en Tucumán intrépido se lanza
Destrozando la hispana bizarría
Al fiero bote de su ruda lanza.
La Patria que al nacer desfallecía,
Sintió surgir de nuevo su pujanza;
Y en Salta nuestros libres batallaron
Y en lucha desigual también triunfaron.

(1) Belgrano, antes de la batalla de Tucumán, dijo: —«Tucumán será el sepulcro de los tiranos».

«¡Gloria, gloria a su nombre!», clama el viento,
«¡Gloria, gloria a su nombre!», las ciudades,
Gloria, repite el ancho firmamento,
Y, en su ronco rugir, las tempestades;
Belgrano columbró en su nacimiento
La luz de nuestras santas libertades,
Y hasta los astros, por ornar su frente,
Brillaron con ardor más refulgente.

Mas... ¡ay!... ¿Por qué tan negra te levantas,
Sombra de Vilcapugio y Ayouma?
¿Por qué, Angel de los Libres, ya no cantas
Y el rostro escondes en la negra bruma?
¿Por qué mi corazón terrible espantas
Y tu memoria tétrica me abruma?...
No lo digáis, que sobre el aire flota
El fúnebre estertor de la derrota.

¡Siempre fuiste traidora, ingrata suerte!
¡Siempre tu imperio fué la felonía!
Tú diste a Napoleón alma tan fuerte,
Que la Europa a sus pies leyes pedía.
Y luego... luego lo dejaste inerte,
Sumido en melancólica agonía,
Del mar oyendo sólo los turbiones
En vez del reventar de sus cañones.

Pero jamás el Genio ha sucumbido
A tu ímpetu feroz, suerte traidora:
Él vive en sus hazañas esculpido
Y nuestra mente extática le adora.
No quedó, no, tu nombre oscurecido,
Belgrano, entre el crespón de aquella hora,
Que tu recuerdo sin cesar se esmalta
Con el fulgor de Tucumán y Salta.

Y ese fulgor que sin cesar asciende
Y a nuestra Patria mágico ilumina,
A través de los tiempos más se extiende
En los raudales de su luz divina.
Tu nombre en sus aureolas se suspende
Como el cóndor del Ande en la neblina,
Y resuena del Plata hasta los Andes,
Grande y coloso entre los mismos grandes.



LA FLOR Y EL AVE

—¡Con qué primor das tu acento
A los prados, ave hermosa!
—Con el mismo que olorosa
Tu perfume das al viento!

—Yo te escucho enamorada
Y me embriago de placer.
—Y yo flor quisiera ser
De corola perfumada.

—Yo envidio tu dulce trino.
—Yo tu esencia y tus colores.
—Tu puedes cantar amores.
—Y tu llorar tu destino.

¡¡Quién tuviera tu garganta!!
—¡¡Quién tus perlas de rocío!
—Yo expresara el amor mío.
—Yo el dolor que me quebranta.

—Tú te remontas al cielo.
—Tú eres guirnalda del prado.
—Tú tienes nido labrado.
—En ti el aura para el vuelo.

—Si te cazan, por gran mal,
Te encierran en jaula de oro.
—Si te tronchan, tú el tesoro
Eres de rico cristal.

Así el pájaro y la flor
Disputaban cierto día,
Y yo para mí decía:
¡Cuántos hombres hay también
(Acaso el mundo esté lleno),
Que envidian el bien ajeno
Por ser sólo ajeno bien.



AL CORAZÓN DE MARÍA

A la R. M. María de la Asunción Bretón.

Brilla una Virgen sobre el Monte Santo,
Altar de los perfumes de Sión.
¡Angeles puros, inspirad mi canto!
Yo ensalzaré su tierno corazón.

¡Su corazón de Madre!... ¿Qué tesoro
Como él humana lengua ensalzará
Si es más precioso que la urna de oro
Que allá en el arca conservó el maná?...

Su latido es más puro para el hombre
Que el arpegio del arpa de David.
Bálsamo puro su precioso nombre,
Fuerza en la adversidad, triunfo en la lid.

¿Quién al ver su primor no se extasía,
Si es más querido al Insondable Sér,
Que puro y bondadoso en otro día,
Fué para Asuero el corazón de Ester?

¿Qué hombre no le amará si Él es la fuente
Donde brotan las gracias del Señor,
Si Él es del mundo la piscina hirviente
Donde calman los hombres su dolor?

Si Él tiene más ternuras para el alma
Que arrullos las palomas de Alôé,
Más que de Cades la vistosa palma,
Más que la fuente hermosa de Silôé?

Él es del alma justa la esperanza:
Refugio es Èl del triste pecador;
Iris de paz, lucero de bonanza,
Fragua perenne de perenne amor.

Tu Corazón, oh Madre, es la armonía
Que temblara en los labios de Jehová
Cuando los mundos de la nada hacía,
Voz que en nuestra alma resonando está.

Allá en la antigüedad lo vió el profeta
Entre nimbos de célica visión.
Y hoy lo aclama el artista y el poeta
De su numen viviente inspiración.

Y la tierra le rinde sus trofeos.
Y el Empíreo le adora sin cesar.
Y los Orbes le dan sus centelleos
Y Dios su gloria y su murmullo el mar.

¡Oh corazón de Madre bondadoso,
Arca de Salvación, Astro de luz,
Centro sublimo del Amor Hermoso,
Prenda de amor a nuestro buen Jesús!

Tú sabes cuantas veces, con ternura,
Vuela a ti nuestra férvida oración:
Haz que siempre radiante de hermosura
Halle en ti nido, dulce Corazón.

Agosto de 1908.



A LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA

Paso al valiente pueblo, paso a España
Que viene a darnos, con su sangre, gloria.
Paso al pueblo más grande de la historia,
Que al fin su sangre nuestras venas baña.

No importa, no, que en sin igual hazaña
Nos costase tan cara la victoria;
No importa, no, que aun arda en la memoria
Del Cóndor y el León la noble saña.

Que si al sonar de Dios la hora suprema
Se irguieron con empuje soberano
De nuestra hermosa Patria los campêones,

Sólo fué porque al ver su sacro emblema
El mismo ardor sintieron del Hispano,
Sintieron que eran hijos de Leones.

1908.



UNA PASIONARIA

(BALADA).

I.

Todas las tardes al morir del Astro
Prosternada está en tierra,
Ante la tumba de su sér querido,
Del ángel puro que el Señor le diera.

Es una madre: en su amarillo rostro
Se descubre lo amargo de la pena;
Todas las tardes, derramando lágrimas,
La sorprende la noche entre sus nieblas.

Todas las tardes en la losa fría
Deposita una cándida azucena,
Flor que abrasada por su ardiente llanto
Siempre, siempre está seca.

II.

Una mañana se encontró el cadáver
De una hermosa mujer que estaba muerta...
Tan ardiente fué el llanto aquella noche,
Que la flor abrasó de su existencia.

Hoy al pie de la cruz de aquel sepulcro
Ha brotado una cándida azucena:
Y una hermosa aunque triste pasionaria,
Que entre los brazos de la cruz se eleva.



MI ZORZAL

Tengo en mi jaula un zorzal;
¡Qué prodigio su garganta!...
Me parece, cuando canta,
Ser su pecho de cristal.

Yo, le escucho con empeño,
Él, canta más armonioso;
¡Si entendiera, tan hermoso,
Cuanto lo quiere su dueño!...

Temprano, muy tempranito,
No sé si antes de alborada,
La casa ya está poblada
De su arpegio con el grito.

Y el último resplandor
De la tarde en soñolencia,
Lleva la última cadencia
De mi pájaro cantor.

¿Qué me dirá con sus trinos,
De mi alma dulce tesoro,
Ese pájaro canoro
De los bosques argentinos?

¿Entenderá mis pesares,
Cuando el dolor me avasalla,
Ese pájaro que estalla
En tiernísimos cantares?

Con su ritmo tan ameno
¿Querrá endulzar hoy mis años,
Por si tristes desengaños
Me preparan su veneno?

A la aurora y a la tarde
Más que nunca es un primor.
No sé qué habrá en su fulgor
Que hasta en los pájaros arde.

Canta *el nacer, la agonía,*
Qué misterio hay en los nombres!
Pues, de cantar a los hombres
¡Cuántas veces lloraría!

. . . .

. . . .

Después el invierno vino;
El pájaro no cantaba,
Aunque muy bajo ensayaba
De vez en cuando algún trino.

¿Qué extraño?... También nuestra alma
Calla en sus glaciales horas,
Que no hay tardes, no hay auroras
Si en el corazón no hay calma.



¡GLORIA!

Es ella, la conozco,
De lauros va adornada.
Buscando va los Genios
Para ceñir su sien;
Es bella como lampo
De célica alborada,
Reflejo palpitante
De nuestro Eterno Bien.

En nubes escondida,
Desde el azul del Cielo
Contempla al que batalla
Por Patria y Libertad,
Vertiendo sus miradas
Hasta el ingrato suelo,
Donde el orgullo crece
Y gime la Verdad.

Contempla ella al artista
Luchar en lid ardiente
Contra la vil escoria
Del mundo terrenal;
Y baja hasta su lado
Y en su abrasada frente
Imprime el beso mágico
Que da nombre inmortal.

La vió el pueblo de Grecia
Cubriendo sus destinos:
La vió el pueblo de Roma
Con aire triunfador:
Y el genio del Cristiano
Le dió nombres divinos,
Del Cielo de las almas
Viviente resplandor.

También fué quien risueña
Ciñó en fraterno abrazo
Los bravos Argentinos
De Salta y Tucumán.
Y aquellos que llegaron
Del Plata al Chimborazo
En épicas jornadas
Que nunca morirán.

Si el joven la contempla
La adora hasta en sus sueños.
Con ella el viejo apóstol
Recobra juventud.
¡Arriba, corazones,
Jamás seréis pequeños,
Si os llevan a su trono
La Patria y la Virtud!

Sí, Gloria, te conozco,
Aunque hasta ti no llego.
Conozco tus efluvios
Que inflaman nuestro ser.
Conozco tu sonrisa
Que al corazón da fuego
Para volar más alto
Sin miedo a perecer.

Mortal que triste lloras
La suerte de la vida,
La Gloria te sonríe,
Allá está... junto al Sol.
No temas que te engañe,
Que si ella te convida,
De Gloria más sublime
Tan sólo es arrebol.



UNA LÁGRIMA

Una trémula lágrima en mis ojos
Siento a veces brotar;
¡Cuántos recuerdos trae a mi memoria
Esa límpida gota de cristal!...

Límpida gota que mis tristes ojos
Sin esperarla, suele oscurecer;
¿Por qué tan desdichados ¡ay! los hombres
Hemos todos de ser?

Gota de llanto y tiene más acíbar
Que el infinito mar:
¡Cuántos mares contigo, oh triste gota,
Pudiéranse amargar!...

Gota de llanto y tiene en sí un poema
De cruel desilusión;
Gota de llanto y tiene todo el fuego
De ardiente corazón.

¿Qué ojos habrá que nunca hayan sentido
Esa furtiva lágrima brotar?...
¿Qué pupilas que el fuego nunca sientan
De una ilusión que fué, reverberar?

Mas... ven, lágrima triste, a mi semblante,
Nunca me olvides, no:
¡Cuántas veces tú fuiste mi consuelo!...
¡Oh, cuánto te amo yo!...

¡Cuántas veces viniendo presurosa
Al sentir acercarse mi clamor,
Oh lágrima querida,
Se evaporó contigo mi dolor!

Santa Fe, Abril 1907.



NUBES BLANCAS

Vuelan, vuelan y cruzan atrevidas
Sin saber donde van, las blancas nubes...
¡Quién sabe si como ellas van perdidas
Tus ilusiones, corazón que subes!

¡Quién sabe si como a ellas pronto, pronto,
Te deshace una ráfaga traidora!...
¡Quién sabe si como a ellas en el Ponto
Te absorbe alguna tromba destructora!

¿Saben las nubes, dime, la distancia
Donde termina el ancho firmamento?
Y tu ilusión ¿conoce en su arrogancia
Donde ir puede mecida por el viento?

Acaso te dirán que así volando
Van en pos de una gloria bendecida;
Acaso te dirán que van bogando
Hacia el Astro de luz, Fuente de vida.

Cuidado, corazón, ten mucha cuenta:
La nube, la ilusión, es una gasa.
Mira que el Sol de lejos nos calienta,
Pero de cerca el Sol, también abrasa.

Acaso te dirán que desde el cielo
Pueden dar sombra al pobre peregrino,
Y a las flores del prado dar consuelo
Vertiendo gotas de licor divino.

Cuidado, corazón, no sueltes vela
Aunque sientas que nada te conturba;
Mira que la ilusión todo lo anhela
Y el huracán después todo lo turba.

Sosiega, corazón, no vueles tanto
Que si el vigor te falta en el vacío,
No encontrarás apoyo en tu quebranto
Y pueden ser tus ansias desvarío.



MI REFUGIO

Con flores de mi huerto hice yo un nido
Que nadie me lo puede arrebatar.
Escondido lo tengo; y escondido
Donde no se oye al aquilón bramar.

Allí paso mis horas de alegría
Sin pesares, sin penas, sin temor.
Entre nimbos de luz de eterno día,
Bebiendo los raudales de su amor.

¡Qué blando es ese nido hecho de flores
Y siempre en un calor primaveral!...
Y siempre oyendo música de amores,
Cantos puros de ritmo celestial.

Cuando la selva agita su ramaje
Y tiembla ante el bramar del aquilón,
Busco mi dulce nido entre el follaje,
Lejos... lejos del ruido del turbión.

Allí me embargo de placer y siento
Lo que en mi torpe voz no sé decir.
Solo sé que tan grande es mi contento,
Que de puro placer pienso morir.

Sólo sé que en mi amor santo y profundo
Quisiera yo a la tierra no volver.
Sólo sé que por nada de este mundo
Diera un instante yo de mi placer.

¿Sabéis dónde está el nido de mi vida,
Que es de mi vida la única ambición?
De Jesús en la parte más querida,
De Cristo en el Sagrado Corazón.

Septiembre de 1907.



ARRORRÓ.....

La noche estaba serena,
El viento en calma yacía,
Y una madre con gozo inefable
Su niño adormía.

El semblante de su prenda
Contemplaba con anhelo,
Cual si viera en su angélico rostro
Visiones del cielo.

El inocente angelito
A veces se sonreía
Y en su frente la madre dichosa
Un beso imprimía.

Después de un rato de sueño
El niño se despertó,
Y la madre otra vez con ternura:
Cantó el «Arrorró».



ANTE LA IMAGEN DE MARÍA DE GUADALUPE

¡Cuánto te ama mi sér, dulce María!...
¡Cuántos recuerdos traes a mi memoria!...
¡Cuántos ensueños mágicos de gloria
Tu nombre difundió en el alma mía!
Cómo sonriente
Despierta Aurora,
Matizando de flores el oriente
Cuando su nimbo el horizonte dora.

Si alguna triste nube eclipsa en mi alma
La dicha de tu amor, y acongojado
Quema mi rostro el llanto infortunado
Y desespero sin hallar la calma,
Tu luz hermosa
Brota radiante
Y me muestra una senda luminosa
Entre el polvo de estrellas centellante.

Cuando esperando hallar fragantes flores
De la vida en el árido desierto,
Tan sólo encuentro espinas y dolores
Y caigo desmayado, caigo yerto;
También te afliges,
Madre querida;
Y una mirada tierna me diriges,
Tierna mirada que me da la vida.

Cuando mi sér doblégase angustiado,
Sin pompa, sin vigor, sin hermosura,
Como árbol que por falta de frescura
Su fronda, antes gallarda, dobla ajado,
Tu amor divino,
Cual limpia fuente,
Entre murmullos corre cristalino,
Calmando mi alma de su sed ardiente.

¡Cuánto te ama mi sér, dulce María!
¡Cuánto te quiero amar en mi existencia!...
Tu nombre es inefable melodía,
De la flor de mi vida eres la esencia.
Haz que del mundo, en la horrorosa orgía,
No me aparte jamás de tu presencia,
Y a tu imagen al fin, con embeleso,
Dé un suspiro, una lágrima y un beso.

Guadalupe, Enero de 1902.



EL LIRIO MARCHITO

Nació un lirio más blanco que la nieve;
Las brisas matinales
En torno murmuraron.
Nació en la tierra un ángel y en la altura
Espíritus celestes
Con júbilo cantaron.

Creció el lirio entre nubes de fragancia;
Los aires juguetones
Su bálsamo esparcieron.
Brotó del ángel la oración primera,
Y al cielo los espíritus
Cantando la subieron.

Mas ¡ay! un áspid envenena el lirio;
Al verlo ya marchito
Las brisas suspiraron.
El mundo emponzoñó el alma inocente,
Y allá en el alto cielo
Los ángeles lloraron.

Santa Fe, Abril de 1904.



NOSTALGIA

Sigo la senda de mi triste vida
Y mi alma dolorida
No halla un bálsamo suave a sus dolores.
Alzo mi voz doliente, pero en vano,
Ningún consuelo humano
Viene a calmar mis fieros sinsabores.

Miro en redor... y sólo ven mis ojos,
Entre espinas y abrojos,
Alguna flor que ofréceme su esencia;
Mas ¡ay! ¿Quién la amará si aunque es hermosa,
Su espina venenosa
Aun me amenaza con mayor vehemencia?

Avanzo con el pecho dolorido:
Tan sólo algún gemido
Turba el silencio de la noche umbría;
Hondo suspiro que del alma brota,
Como de un arpa rota
Que vierte su postrera melodía.

¡Oh tristeza, oh dolor! ni un solo amigo,
De aquellos que conmigo
Jugaron en su edad tierna y sonriente,
Se acuerda ya de mí, me han olvidado:
¡Tan presto se ha eclipsado
La luz de aquel fulgor resplandeciente!

Avanzo con el alma destrozada;
No acierta la mirada
A descubrir el codiciado puerto:
Solo y errante, triste peregrino,
Moriré en el camino
Como muere la palma en el desierto.

¡Pobre de mí si no existiera un cielo
Donde elevar el vuelo
Cuando nuestra alma desangrando llora!
¡Pobre de mí si un rayo de esperanza
No hubiera en Lontananza,
Si no existiera una apacible aurora!

Es la alborada del perenne día;
Rítmica melodía
A cuyo acento la tormenta calma;
El espíritu rompe sus cadenas,
Se disipan las penas,
Y se remonta a Dios ligera el alma.

1904.



SAN MARTÍN

Siente en su alma el fragor de la pelea,
En sus venas la llama de la gloria;
Siente el fuego que inflama la victoria
Y en su mente sublime centellea.

Mira absorto la empresa gigantea
Que hoy con lampo inmortal brilla en la Historia,
Y hollando del temor la vil escoria
Surge en su ser la colosal idea.

«¡Hermanos, libertad!», gritó con saña,
Su voz lanzando a la región del viento
Como estallido de volcán rugiente.

Y Dios al contemplar tan grande hazaña,
Rasgando el anchuroso firmamento,
Selló la libertad de un continente.

1901.



EN LA CUNA

Yo vi en la cuna un niño
Mientras dormía;
¡Con qué sublime gozo
Se sonreía!...

¡Qué placidez tan pura!
¡Quién fuera niño,
Siempre sintiendo halagos,
Siempre cariño!

Dichoso de ese cuerpo
Puro y radiante,
Que ostenta en vaso de oro
Flor tan fragante.

¿Jugará con los ángeles
Mientras dormita,
El alma de ese niño,
Alma bendita?

¿Es que tienen visiones
Con las alturas
Las almas de los niños,
Las almas puras?

En esto el tierno niño
Se despertó;
Y al mirar a la tierra
Lloró... lloró...



LA IDEA

Yo vi el fuego del Sol, dar luz y vida
A la tierra dormida,
Brotando a su calor ritmos y flores:
Y vi ese mismo fuego en los volcanes
Lanzarse en remolinos y huracanes,
Quemando pueblos, destrozando amores.

Y dije para mí: Tal es la Idea;
En Cristo fué la tea
Que alumbró nuestro mundo redimido:
Mas en Luzbel es resplandor que abrasa,
Relámpago que incendia cuando pasa
Y hunde Patria y Virtud en el olvido.



LA CALANDRIA

¡Con qué afán ella se mece
Gallarda, altiva, nerviosa,
Sobre la copa frondosa,
Donde el aire se adormece!

Allá está, sobre el ombú,
Donde la luz es más pura.
¡Si el alma siempre a la altura
Remontara como tú!...

Con raudales de armonía
Llena los floridos prados
Y sus ecos encontrados
Mueren cuando muere el día.

Y ufana más que la alondra,
Cantando siempre su anhelo,
Vuela en giros hasta el cielo,
Luz arriba, abajo fronda.

Y allá suspensa en el viento,
Lanzando trinos más suaves,
Descuélgase lenta y grave,
Siempre embriagada en su acento.

¿Quién que oyó su voz divina
Y la miró encantadora,
No ama la tierna cantora
De nuestra pampa argentina?

¿Qué argentino la oyó ansiosa
Sin comprender sus cantares,
Si son himnos seculares
De nuestra pampa grandiosa?

Nuestra es su voz, nuestra es ella.
Su cielo azul, nuestro cielo.
¡Nunca emigres de este suelo,
Ave que subes tan bella!

No hay cielo como este en calma;
Pampa.... no hay tan misteriosa.
Canta en mi tierra, ave hermosa,
Dulce cantora del alma.



ULTIMA PÁGINA

¿Callarán mucho tiempo, lira mía,
Tus voces, que despiertan
Las páginas caudentes de mi historia,
Que los recuerdos de mi vida encierran?

¿Callarán para siempre?... Yo lo ignoro,
¿Quién es el que penetra
El arcano insondable del destino,
Si tanto enigma entre sus pliegues lleva?

Tus voces son los ecos más queridos
De mi pobre existencia:
Cada nota es un himno de mi vida
O triste acorde de ilusiones muertas.

No, no me dejes solo en el desierto,
Oh dulce compañera:
Fiel confidente de mis puras dichas,
Cándida amiga de mis tristes penas.

Quiero seguir contigo, sí, contigo,
En la paz o en la guerra.
Luzca el sol de mi Patria en el espacio
O me cerquen las lóbregas tinieblas.

Sobre ti verteré mis tristes lágrimas,
Mis cantos de poeta,
Para que tú condenses su amargura
Y en cánticos de amor me la devuelvas.

No me prives que escuche tus acentos,
Y al pie de nuestras ceibas,
Recordando mis sueños me deleite,
Soñando en mis recuerdos me adormezca.

Lo sabes; no me importa verte humilde,
Tan pobre y polvorienta,
Mientras vibres ufana en mis cantares
Y llores cuando lloro mis tristezas.

Tú verterás en mi alma los efluvios
De armoniosas cadencias.
Yo de mi vida verteré las flores...
Las flores que no han muerto, entre tus
[cuerdas.

Es verdad que las flores del camino
Ha tiempo que están secas:
Mas, bañadas de nuevo con mi llanto,
Siempre en mi corazón retoñan frescas.

Nadie te escuchará, si tú lo quieres.
Oiré sólo tus quejas.
Sigue, sigue vibrando, lira mía,
Aunque tus ecos, si lo quieres, mueran.

FIN DE «PÁGINAS DEL ALMA»

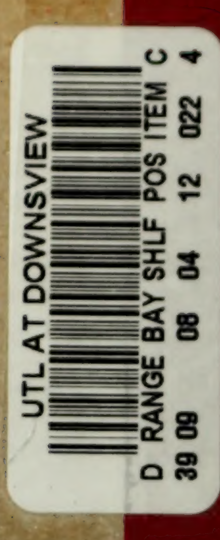
Indice General

I.

HOJAS DEL CORAZÓN

II.

PÁGINAS DEL ALMA


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 04 12 022 4